ÉLISABETH FILHOL

La Central

Traducción de Rubén Martín Giráldez

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada

Chinon

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

El Blayais

11

12

13

14

15

16

17

18

Notas

Créditos

Chinon

1

A lo largo de los últimos seis meses han muerto tres empleados, tres agentes del personal estatutario, cada uno con una función de dirección o de control, a los que ha habido que juzgar por sus actos y de quienes se habla desde entonces como de tres hermanos de armas, a pesar de que apenas se conocían, víctimas los tres de la central y abatidos en el mismo frente. Un frente sereno. Desde principios de los años sesenta y con la conexión del primer reactor a la red, el área no ha dejado de extenderse por bloques sucesivos, como una agricultura extensiva, en una bulimia de terreno, siete divisiones en total, de una tecnología de gas-grafito en los tres más antiguos que hoy están en proceso de desmantelamiento, y el suelo levantado en determinados sitios y reconvertido en puntos de almacenaje. Una valla electrificada rodea el perímetro. Más allá, el silencio. Eso es lo que choca en un primer momento. Más allá del tráfico rodado y del ruido continuo de los aerorrefrigeradores, pese a todo, el silencio que se percibe en toda la zona cuando la recorremos.

Salgo, la tengo enfrente. Y entre quienes salen, del equipo de la mañana, un puñado de hombres atraviesa la carretera regional y camina hacia el bar. Al primero le sostengo la puerta. Debería estar entre ellos, esos hombres que van a beber después de su jornada de trabajo para cerrar una esclusa, como por reacción al exceso de esclusas y de complejidad de procedimientos en el interior, la necesidad que sentimos de pasar por una zona colchón antes de volver a casa, fuera del recinto, pero aún dentro de su zona de influencia, entre colegas que hablan todavía teniéndola a la vista y, al mismo tiempo, en medio de los demás, aquellos que nunca hablan, los camioneros, repartidores, obreros de la red de autopistas, técnicos, que en algunos casos ni la ven ya, como no sea en la primera plana de los diarios regionales cuando alcanza un titular. Antes de ayer, un asunto en el informativo de las ocho de la tarde, se reunieron, todos a la espera. Para los que fueron entrevistados y que conocemos, las ocho diecisiete. Y en cuanto a la

duración de la entrevista, apenas nada, solo tres frases escogidas para el montaje, pero se ve la central, y tenerla ahí, en la pantalla, con nuestros reflejos ordinarios de telespectadores para quienes todo eso no es real, y al mismo tiempo reconocerla, a veces incluso reconocerse uno mismo o reconocer a un colega, es reconciliarse momentáneamente con ella y con una especie de gran pesar por haber llegado hasta aquí.

Ante las vallas, por prevención, los sindicatos muestran su solidaridad al filtrar y repartir octavillas, uno por uno, a los dos mil empleados que entran, de los cuales únicamente la mitad tiene el estatus de personal EDF (Électricité de France). El resto, como yo, solo están ahí para trabajar de las tres a las cinco semanas que dure la parada de un bloque, el mantenimiento del reactor y el reabastecimiento de combustible, de marzo a octubre los obreros cruzan toda Francia y los hombres se desplazan de una central a otra, todos subcontratados. Todos solidarios, por tanto, ya que en semejantes circunstancias no queda otra opción. ¿Y los vecinos? ¿Esos que no trabajan en la central pero pueden estar preocupados por cuanto allí sucede con total legitimidad? Lo que se lee en los periódicos y lo que piensa la gente es que tres muertos por suicidio en tan pocos meses, tres técnicos empleados en la central, diga lo que diga la dirección, con el peso de la vida, y aunque no se puede cargar a la central con ese peso, por cuanto nada demuestra que ni uno ni otro ni otro, todos esposos y padres de familia, tuviesen problemas en sus vidas privadas, al hacerse, no obstante, la pregunta, arrojando con ello ya la duda y teniendo en cuenta que de esa duda ya siempre quedará algo, lo que piensa la gente sobre las rachas es que no responden tanto a la casualidad como a un mal funcionamiento, al malestar del personal y a alarmas activadas en vano.

Salgo del bar, la tengo delante, por el otro lado de la regional, entrada norte, entrada sur. La central, campos, la zona industrial. La gente de la industria la llama CNPE, seguido del nombre de la localidad, Fessenheim, Flamanville, Tricastin. Si nos limitamos a las centrales aún en activo, diecinueve nombres, y, para cada uno, cincuenta y ocho reactores, el título de la central seguido del número del bloque, Nogent 1, Chinon 4. CNPE es por Centre Nucléaire de Production d'Électricité. Explotándola, la subcontrata

y las instancias de seguridad, un total de entre treinta y cinco y cuarenta mil hombres desperdigados por todo el territorio, con sus propias dificultades y mentalidades. Detrás de la central, el río. El puente sobre el río, desde aquí no se ve más que el puente. La salida de la autovía está a cinco kilómetros.

A la hora del cambio de turno, hay un flujo creciente de vehículos y de hombres que vuelven a pie a la parada del autobús o van a tomar algo juntos antes de separarse. Les sostengo la puerta y ellos entran, nos saludamos. De un vistazo ya saben a qué atenerse. Por mi actitud un poco descolocada y por la falta visible de energía, y tal vez también por cómo evito involuntariamente mirarlos de frente, deducen lo esencial: que me he chupado mi dosis y que me han puesto en aislamiento.

Subo a contracorriente siguiendo la valla hasta el puesto de guardia. Acceso limitado. La información se muestra en la pantalla. El guarda sigue imperturbable, haya parada de bloque o no, se le ve adaptado al ritmo del calendario, nosotros enfrente, él detrás del cristal. Entradas, salidas, centenares de caras al día. Unos nómadas, otros sedentarios y él inamovible para, finalmente, los mismos gestos y una palabra frugal, y ¿cómo no hacer una montaña de un grano de arena cuando estás ahí sentado? Ha cogido mi documento de identidad, mira mi nombre. Me compara conmigo mismo como si me viese por el antropómetro, unos muchachos discuten detrás de mí, cuando levanta los ojos, mira por encima de sus cabezas, a saber por qué esas ganas, sentado tan alto, de mirarnos aún desde más alto, teniendo como tiene las riendas, es él quien decide con la sucesión de sus gestos si acelera o no, y para los que desfilamos ante él, el tiempo de espera; entre los que conoce o reconoce, algunos se sienten con suficiente confianza como para comentarle algo, su respuesta, toda una panoplia de respuestas, con una variedad de matices que no son sino el reflejo de la variedad de circunstancias de los trabajadores externos, de una rápida mirada a una leve sonrisa, de una sonrisa cómplice al saludar con la cabeza o la mano, al sonido de esa voz suya que por fin acabamos oyendo, pero para la risa, esa risa franca y atronadora, hace falta un buen chiste venido de alguien posicionado bien arriba en la jerarquía del trabajo en la central, no me refiero a la jerarquía oficial, sino a la otra, a la que circula entre nosotros, de la que nos hacemos una

idea bastante rápidamente, y el guarda, que se conoce tu jeta y cuánto lleva paseándose tu jeta por la central, y que dispone de todo tu pedigrí en pantalla; él más que nadie posee los códigos y los medios para ennoblecerte, simplemente por la manera de recibirte ante el resto de compañeros.

Tarjeta magnética y código de acceso personal. Dos cifras, acceso restringido. Cuatro cifras, acceso a zona controlada. Otro en mi lugar se ha presentado en el puesto de seguridad, ha franqueado los controles, el decorado, y se ha unido a los chicos de mi equipo para acabar el trabajo. Ahora mismo descansa intentando no pensar, o intentando pensar que esto solo les sucede a los demás, una regla válida para todos: el riesgo permanente, estadístico, de sobreexposición, y la excepción que confirma la regla para él mismo, o el pensamiento mágico: no va a pasar. Es joven, imagino, está en buena forma física y su cuerpo responde. Mientras no experimente lo contrario, seguirá en sus trece. El relevo. Como quien ocupa la línea del frente al salir de las trincheras, el que cae es sustituido de inmediato. Siguiendo la disciplina y los gestos aprendidos y repetidos hasta el automatismo. Existen iniciales para eso. DATR: Directamente Afectado por Trabajar bajo Radiación. Con un tope anual y una cuota de irradiación idénticos para todos, simplemente algunos son más afortunados que otros en materia de exposición y atraviesan el año sin agotar su cuota y empalman con el siguiente, mientras que otros están en el rojo desde el mes de mayo y aún deben aguantar julio, agosto y septiembre, que son meses cálidos y de gran tensión, porque el cansancio se acumula operación tras operación y va aumentando el riesgo, por falta de eficacia o de vigilancia, de recibir la dosis de más, la que te dejará fuera de juego hasta la temporada siguiente, y ves los pocos milisieverts de capital que te quedan fundirse como nieve al sol, eso se convierte en una obsesión, no pensamos en otra cosa, mientras dormimos, en los vestuarios, con los ojos clavados en el dosímetro durante la intervención, hasta tomarla con el reglamento, que ha disminuido la cuota a la mitad, olvidando lo que eso supone a largo plazo. Carne de neutrones. Carne de rem. Se duplican los efectivos para las tres semanas que dura una parada de bloque. El rem era la antigua unidad en el antiguo sistema. Ahora es el sievert. Lo que cada cual viene a vender es eso, veinte milisieverts, la dosis máxima de irradiación autorizada cada doce meses. Y los cuerpos pueden

apiñarse en la línea del frente, parece que la reserva sea inagotable. Yo tuve mi momento. He sido ese que se llevan a la retaguardia, cursos teóricos, luego diez días de prácticas en la escuela de la central, diez días que se quedan en ocho como sucede en el momento álgido de la ofensiva cuando se acelera el adiestramiento de los reclutas para disponer de ellos más rápido; y es que, ¿de qué va a servir invertir más tiempo y dinero en gente cuya carrera ya se sabe que será breve?

2

«Siéntese.» Talante simpático, en la cincuentena, no es el que me examinó después del incidente. Barba gris recortada, el cráneo pelado. Y la piel expuesta al sol por una actividad al aire libre durante todo el año, igual practica vela, seguramente en Pornic o en Les Sables-d'Olonne. Ha abierto mi expediente y lee el informe que redactó su colega ayer mientras yo respondía y sin mirarme. Los hombres cambian. El decorado sigue siendo el mismo, un consultorio ubicado al fondo del pasillo, mobiliario metálico y paredes reforzadas con fibra de vidrio de color amarillo, como en el hospital cuando se evita el blanco, desnudo, impersonal, son tres los médicos del trabajo que se relevan en la central y nadie deja huella, llegamos con nuestras cuitas y ellos las retoman, empleados y médicos allí encajados, todos repitiendo la misma escena de la bata colgada del respaldo de la silla y el maletín –los que lo tienen– colocado en el suelo junto a la ventana para que no estorbe.

Está sentado en mangas de camisa, con un boli en la mano izquierda, la ventana a su derecha, ante la carpeta de cartulina reciclada que contiene mi expediente médico con mi nombre escrito en rotulador negro. Hay una decena de expedientes como el mío en el escritorio de la secretaria, ha cogido el primero del montón y ha comprobado nombre y apellido, sobre todo cómo pronunciar el apellido, antes de hacerme pasar. «Siéntese.» La sala se ha reformado hace poco. Hay gente discutiendo al otro lado del biombo. Alguna palabra discernible aquí y allá, pero poco más, no basta para seguir el contenido de una conversación, en cambio, el ritmo, el tono, el número de interlocutores, sí –por eso no podemos evitar hablar más bajo al abordar cuestiones un poco personales–. De momento, no se ha dicho nada en este lado, y el murmullo de voces del otro es el único fondo sonoro. Se toma su tiempo para leer el expediente. Se nota que tiene su propio pulso interno. Un ritmo muy suyo, que impone, imagino, en sus consultas, independientemente de quién sea el interlocutor, más tímido o más estresado, alguien con tiempo de sobra o, al contrario, sin tiempo, y

que no se priva de decirlo. Un ritmo que respeta los titubeos, los tiempos muertos, y toda la actividad normal de administrativas y administrativos que los rellenan tras el biombo, sobre todo las mujeres, en la central no se cruza uno con muchas, voces, taconeo, timbres de teléfono.

–¿Cómo se encuentra hoy?

–Hoy bien.

No se deja engañar. Nadie se deja engañar, pero cada cual interpreta su papel, en el puesto que es el suyo, con plena conciencia. Mi cometido es hacer todo lo posible por conservar el mío. ¿Que si me encuentro bien? Sí. Ayer igual me noté un poco chafado, pero estoy mejor. La verdad es que al volver me habría metido en la cama de buena gana, pero, por consideración a Jean-Yves, no lo hice. Explico que compartimos la caravana, él trabaja de noche y yo, generalmente, por la mañana, así nos organizamos.

Así que no lo hice. Para pasar el bache, me senté fuera bajo el toldo y me bebí una cerveza. Pongamos dos cervezas, pero no más. Y cuando quise ponerme en pie, el mazazo. La cabeza que me explota y las piernas que me fallan. Cuesta admitirlo, el cuerpo aguanta, asimila, hasta cierto punto. ¿Habré traspasado el límite? Veinte milisieverts. Debería preguntárselo. Sé que le preocupa mi salud. Tengo claro, por la ficha de aptitud –una visita y un sello cada seis meses–, que la cosa pende de un hilo, y que esta clase de individuos, un poco serios, a la menor sospecha no dudan en sacarte del circuito. No voy a reprochárselo, no te lo puedes tomar a mal, pero de ahí a cooperar solo hay un paso que muy pocos trabajadores están dispuestos a dar. De modo que tanto él como yo representamos nuestro papel. Vaya como vaya este jueguecito, es él quien tendrá la última palabra. Él sabe quién está al mando y, sin precipitar las cosas, dentro de un momento yo voy a desvestirme y, con los resultados de las exploraciones, análisis de sangre y antropogammametría, él podrá hacer su diagnóstico. ¿Habré sobrepasado mi cuota anual? Se lo pregunto, esa es la única pregunta que vale la pena hacer. Responde sin rodeos. En este momento es complicado evaluar la dosis que he recibido. Me explica por qué, cuáles son las dificultades, y que voy a tener que vivir con la incertidumbre durante unos días, hasta que

reconstruyan el incidente. No me dice: comprendo su inquietud. Se ciñe a los hechos. Le escucho. Oigo lo que dice, pero no lo retengo todo. Tengo desde el principio una ventana a la izquierda que se abre sobre el parking, me doy cuenta de que la voy mirando, que calculo mecánicamente las plazas ocupadas, que eso es lo que tengo en mente. Y, luego, esas voces del otro lado que interfieren con las ideas, las pocas que uno tenga un día como hoy, con la mente un poco espesa y los tiempos de reacción anormalmente largos.

Se ha callado, me clava una mirada inquisidora como esperando que responda a su pregunta. La pregunta no me la ha hecho, pero lo mismo da. Observa esa especie de vacilación mía, inmóvil, me mira y, entonces, por desgracia, da la sensación de que podría tirarme toda la tarde delante de él en silencio, porque me toca a mí decir lo que sea, lo primero que se me ocurra, pero no se me ocurre nada. Y cuanto más pienso, menos cosas se me ocurren, estoy en blanco. Entre las paredes vacías y el frío del mobiliario metálico.

«Explíqueme su trabajo.» Se ha arrellanado en su silla. Gira la pantalla hacia mí a contraluz, selecciona el fichero de empleados de subcontratas, luego teclea su nombre de usuario y mi número de identificación. ¿Por dónde empiezo? ¿Si me gusta o no y cómo he llegado aquí? En estos casos se reflexiona, se piensa para ajustarse. Me ocupo de la apertura de los generadores de vapor. Para la apertura no hace falta llevar el uniforme completo. La contaminación está en el interior. Le cuento que montamos equipos de tres o cuatro. Nos relevamos para colocar las placas que garantizan la estanqueidad del circuito primario, así cuando los colegas que rellenan la piscina para descargar y recargar la cuba de combustible, el equipo que controla los tubos del generador trabaja en seco y puede intervenir. Una vez finalizado el trabajo, se vacía la piscina. Se depositan las placas antes de volver a sumergir de nuevo los circuitos en el agua. A muchos les desagrada esta tarea. La llevan a cabo una, dos veces, y no se les vuelve a ver el pelo. Es por el circuito primario. Dicen que es demasiado peligroso. Efectivamente, es peligroso, pero hay que hacerlo y, cuando se aceptan este tipo de contratos, tareas así te encuentras las que quieras. Entras por la puerta de una agencia y ya has firmado. Las agencias de trabajo temporal crecen alrededor de las centrales como setas, después de unos meses de penurias no te puedes resistir:

tragas, lo firmas.

Mi currículum en la pantalla, toda mi trayectoria de diez meses en la central, el resultado de radiología, el incidente de ayer; con una mano en el teclado, hace desfilar las páginas. La camilla donde hacen los exámenes médicos está instalada al fondo de la sala tras un biombo. Mientras me desvisto, el médico me explica que voy a tener que volver mañana y pasado mañana para hacer seguimiento. Y el viernes reconstruiremos el incidente en el simulador. Nos veremos antes. De acuerdo. ¿Qué planes tiene? Le digo: en abril el Blayais, y en mayo Tricastin.

3

El agua del Loira circula por sus venas. Tres circuitos. Circuito primario y circuito secundario, cerrados. Circuito de refrigeración, abierto. Aquí el Loira, más allá el Sena o el Ródano, hasta el Canal de la Mancha, igual número de presas de agua anónimas en los informes de inspección, designadas como «fuente fría». El Loira, preferiblemente en su lecho y con una temperatura por encima de los 0 ºC.

Una vez abierto uno solo de los tres circuitos, que extrae y luego expulsa por el canal de salida o recicla al noventa y cinco por ciento de lo que extrae por el canal de entrada, el resto sube en forma de vapor de agua hacia el cielo, un penacho blanco sobre las instalaciones que se ve desde lejos, que las ubica en el paisaje mucho antes de llegar a ellas, la marca de la energía nuclear. Blanco sobre fondo azul, aquí el cielo de Touraine, más allá el Orleanesado o el Cher, o de arriba abajo, las centrales de Chinon, Saint-Laurent, Dampierre y Belleville. En total, doce reactores empleándose a fondo en el Loira, con una tecnología estadounidense llamada «de agua a presión» explotada bajo licencia Westinghouse.

Trescientos diez grados es la temperatura del agua dentro del circuito primario. No en estado gaseoso, sino en estado líquido. Un agua que circula. Hay que descender a mil quinientos metros del fondo oceánico para encontrarla, en la vertical de las fuentes hidrotermales, una presión tan fuerte que hace posible lo que no era posible en la superficie: aumentar el punto de ebullición del agua; ahí abajo, en la profundidad de los abismos, sin un rayo de luz, la vida, en condiciones de presión y de temperatura que creeríamos incompatibles con ella y que aumentan muchísimo la esperanza de encontrarla en otra parte. Trescientos diez grados. Una instalación de agua a presión y calentada con uranio 235. Ni un solo germen. Nada, un agua pura. Envuelve el corazón del reactor, absorbe su energía y modera sus reacciones. El agua del circuito primario. El

circuito, completamente estanco; el agua, radiactiva.

Visto desde fuera, nada inquietante. Los penachos de vapor se elevan por encima de las torres de refrigeración y la extensión de ciento cincuenta hectáreas de instalaciones escalonadas es un lugar apacible. Imponente pero apacible. Bajo control. A partir de ahí, de esta percepción inmediata, nos imaginamos la calma en el interior, en su lugar de trabajo, agentes del personal estatutario, encargados de seguridad y de seguimiento de la producción, sin estar sometidos a ninguna otra ley desde el principio. Tres agentes en seis meses. Y la pregunta que todo el mundo se hace, tras una calma engañosa, el descontrol del sistema, y los hombres que se supone deben manejar la máquina, mantenidos bajo presión artificialmente, que se resquebrajan a su vez, ¿hasta dónde?, ¿cuál es su punto de ruptura? De las fuerzas de cohesión del núcleo no se sabe gran cosa, pero las ponemos a prueba, se mide en ese momento del bombardeo de los átomos en el centro del reactor, la medida exacta de una energía de enlace cuando el núcleo se rompe, una brecha se abre, un tabú cae por el gesto de uno solo, y se produce la reacción en cadena.

4

Amanece sobre la central de Belleville-surLoire en el distrito del Cher. Una furgoneta camuflada disminuye la marcha en las proximidades de las instalaciones antes de detenerse en el arcén de la carretera regional D82. Dentro, doce hombres de ocho nacionalidades distintas, mujeres entre ellos, hombres y mujeres indistintamente uniformados de rojo con casco blanco, cuerdas, arneses, mosquetones, sacos de tela negra colgados de la cintura o a la espalda. Van bien equipados, están bien entrenados. El objetivo es una de las torres de refrigeración. Vistas desde el cielo, son dos anillos blancos tirados en el suelo entre la carretera y el río –en el ángulo que forman la carretera y la margen izquierda del río–. En realidad, dos enormes cascarones cilíndricos de ciento cincuenta metros de diámetro de base, ligeramente estrechados por la mitad, cada uno dispuesto sobre una corona de pilotes de hormigón armado, el aire exterior penetra entre los pilotes hacia el interior de la torre y sube por convección natural; en ausencia total de viento –como es el caso de hoy–, el penacho de aire caliente se eleva en vertical hacia la atmósfera. Tiempo sereno y seco, las condiciones son ideales para poner en marcha la operación. Por la puerta lateral de la furgoneta, los miembros del comando extraen dos escalerillas extensibles de dos tramos que alcanzan una altura de ocho metros. En este punto, la alambrada de la valla no está electrificada. Nos encontramos en la parte no nuclear de las instalaciones, reservada a las labores de agua. La entrada a ese lugar es rápida y no presenta dificultad alguna, por la mañana, bajo un cielo azul de primavera, cámara al hombro; de fondo sonoro, el silbido de los aerorrefrigeradores, el canto de los pájaros del campo en el despertar que nada perturba y el chasquido de los mosquetones a paso apresurado, escaleras bajo el brazo, carrera al aire libre y en silencio una vez franqueado el cascarón, tres hombres por escalera que llevan así, sin plegarla, para ganar tiempo.

Al pie de la torre –de las dos, la más inmediatamente accesible–, se reagrupan. El ruido del refrigerador tapa las voces, y el que se ha

apostado un poco retirado y dirige las operaciones tiene que gritar para hacerse oír. Levantan todos la mirada. Ciento sesenta y cinco metros. De pared perfectamente lisa de hormigón armado, ensanchada en la base. En la cima, el adarve. Se accede por una escalerilla exterior protegida que se ciñe a la doble curvatura de la pared. ¿Cuántos escalones hay que subir? Y la sensación, a medida que avanzamos, de que el ruido se atenúa –a media altura volvemos a oírnos–. Una vez en lo alto, solos. Un techo del mundo. Dominando el paisaje y las instalaciones. Y el Loira que se hunde como una arteria hacia las primeras estribaciones del Macizo Central. Llegar al corazón y dejar huella en la mente, el símbolo, el valor simbólico de Belleville, eso es, su posición central en el mapa de instalaciones nucleares de Francia.

Por el adarve, al hacer el turno de guardia, tomamos posesión del lugar. La vista es estrecha. Caminamos por el ancho de la pared, entre dos vacíos, el vacío exterior y el vacío interior de la torre agitada por las corrientes de intercambios térmicos. Al fondo de la chimenea, como en el fondo de un pozo, bajo la columna de vapor de agua, los conductos del circuito de refrigeración, bombas, compuertas, válvulas, piscinas de almacenaje. En caso de rotura, accidental o no, centenares de metros cúbicos de agua se derraman por las galerías subterráneas hasta el pie de la hilera de árboles de setenta y cinco metros del grupo turboalternador, ya lo hemos visto, una sala de máquinas totalmente inundada en cuestión de minutos, no menos de veinte mil voltios de salida del alternador y agentes que chapotean, atrapados, poniendo su salud en manos de la fiabilidad de los mecanismos de parada de emergencia.

En lo alto de la torre, un hombre toma la palabra, grabado en vídeo por un colega. Está acuclillado, con la espalda pegada a la barandilla metálica. A su derecha, un miembro del equipo se asoma sobre el vacío, comprueba la calidad de los puntos de anclaje y el amarre de las cuerdas, luego desaparece mientras otros dos, a su vez dentro del plano de la cámara, pasan las piernas por encima de la baranda. Todos llevan, encima del mono rojo, un arnés anticaídas con correas en piernas y hombros para poder trabajar suspendidos en el aire con las manos libres. El hombre pronuncia, de espaldas al paisaje, agachado por falta de espacio, unas palabras para explicar los motivos de su presencia aquí, sin molestarse en argumentar o

justificarse, convencido de que la causa es justa; el ruido de fondo aumenta a medida que avanza la entrevista, hasta el gran plano final del fuselaje azul marino de un helicóptero de la gendarmería nacional en vuelo de vigilancia.

Visto en la televisión ese día 27 de marzo de 2007: seis hombres bajan haciendo rápel con movimientos tremendamente regulares y en coreografía perfecta por el aerorrefrigerador de Bellevillesur-Loire, se detienen a dos tercios del descenso para pintar en letras negras la palabra DANGER, precedida de las siglas EPR. Todas las letras bien visibles desde lejos, del doble del tamaño de una persona, como de unos cuatro metros. En este momento, ya se ha dado la voz de alarma. Tres helicópteros del ejército pintados de camuflaje se paran ya al pie de la torre como juguetes en miniatura, mientras que las fuerzas del orden delimitan y cercan una zona de exclusión, en total una sesentena de policías, miembros del Groupe d'Intervention de la Gendarmerie Nationale a los que se sumará un destacamento de las tropas de montaña a primera hora de la tarde. Imagen de seis hombres colgados de su hilo con los pictogramas encima de su cabeza flotando al viento, la hélice negra con tres palas sobre fondo amarillo. Los militares en tierra han tomado posición pero dejan hacer, se les ha dado orden de no emplear la fuerza inútilmente. En circunstancias distintas, imagino, la cosa me habría hecho gracia, semejante movilización en horario de máxima audiencia, por un gesto supuestamente espectacular, delante de las narices de los funcionarios cerrando filas mientras alzan la mirada o responden abochornados a las preguntas de los periodistas. En otras circunstancias, seguramente, cierta simpatía por quienes son, su compromiso y las agallas de semejante tentativa. Pero hoy, confieso que no es el caso, porque como ayer recibí mi dosis me cuesta sentirme solidario.

Despertar las conciencias, alertar a la opinión pública. Esos a los que se les exige que vayan más rápido y cobrando menos, que cumplen con su trabajo y reciben sus dosis, ya han tomado conciencia: la duración de una parada de bloque estimada entre dos y quince años, la subcontratación continuada, los agentes de la EDF apartados del operativo perdiendo el control de la situación y esa presión mental sin equivalente en otras industrias. Que sí, los peligros de la energía nuclear. A puerta cerrada. Una olla a presión.

Y a la espera de que se reanude, diecinueve centrales alimentan la red para que todo el mundo pueda consumir, sin racionamiento, sin pensar, con un simple gesto. ¿Solidarios en las centrales de los que entran a montar un espectáculo? ¿Acaso son solidarios ellos con nosotros? Ellos bajarán con calma como se ha convenido para el directo de los informativos de las ocho de la tarde, escoltados por los militares, después de desplegar la banderola con los colores de su destacamento: la misma banderola prevista dentro de un mes, el día del aniversario de la catástrofe de Chernóbil, como cada año, el 26 de abril, en las vallas de la central.

5

Tras el incidente, se ocuparon de mí. Para estas situaciones hay partes interesadas, etapas obligatorias, un método. Fui el caso que hizo que se iniciara el procedimiento y, como es bien sabido, dado que cada caso es único, debe adaptarse en un momento u otro. En el terreno particular de los procedimientos de urgencia, ningún técnico, ningún ingeniero, ni siquiera el más ingenioso, logrará el reto de extraer de una situación todas las consecuencias en términos de riesgo, de plantearse lo peor para minimizar el impacto, lo peor en un universo de posibles no es una figura estática, fácil de agarrar, sino muy al contrario: lo peor siempre se puede mejorar, y la realidad de los incidentes, rica y compleja como es, siempre constituye una lección de humildad. En lo que se refiere a riesgo nuclear, ojalá pudiéramos circunscribirlo al edificio de contención; tendemos a eso, pero en la práctica acabamos remitiéndonos a las estadísticas, la probabilidad de que esto suceda o no suceda, la incertidumbre, su umbral de tolerancia, etcétera, imaginamos, horas y horas dedicadas a cartografiar casos conocidos, catalogados o previsibles, que se enriquecen con la experiencia, y el resto, los imponderables, las manchas blancas, que ni nos figuramos. Cuando se produce el incidente, es grave o menos grave, en una escala INES de accidentes nucleares que va del 1 al 7, puede ser grave colectivamente o grave de manera aislada para uno o dos trabajadores, las estadísticas consideran eso también, la grandiosidad y la insignificancia de la cantidad.

De modo que, desde el instante en que se dio la voz de alarma, no pude hacer nada salvo ponerme en manos de los que allí estaban para que cumpliesen con su tarea y con el ejercicio de su función, limitarme a no entorpecer el procedimiento, obedecer órdenes, responder a las preguntas que me hacían. La salida del edificio reactor con escolta médica, el dosímetro que tuve que devolverles porque otros en mi situación se han visto tentados, en un momento dado, de hacerlo desaparecer; primera cámara de control, medición de radiactividad en uniforme, segunda cámara de control, medición de radiactividad sin uniforme, ducha –la

contaminación externa se elimina con ducha y cepillado–, ropa de paisano, traslado a la enfermería, exámenes, cuestionario de salud, entrevista. Entre tratamiento y tratamiento, me pidieron que fuese a esperar en un banco del pasillo. Sentado ahí, se vive la vida normal de la central y de los controles médicos obligatorios tanto a la entrada como a la salida, pero pasan los minutos, cambian las caras y venga a esperar. Te invade un agotamiento físico que no identificas en un primer momento pero que irá in crescendo y que explica, sin duda, la sensación de estar viviendo esto un poco como de refilón, no sonámbulo ni en sueños sino con desinterés, una especie de indiferencia ante lo que podría suceder en las próximas horas –y con más razón en los próximos meses y años–, la impresión de asistir a distancia razonable a la gran iniciativa del personal de salud laboral movilizado como para un ejercicio de entrenamiento en tiempo real, y que sea ese cuerpo, el mío, el que se encuentra en el centro del dispositivo, me asombra un poco. Tanta eficacia, tanta profesionalidad, ¿para qué, a fin de cuentas? Casi que para nada, ya que el engranaje del procedimiento está tan bien engrasado que, pese a haberse combado y aunque sea por culpa de una piececilla metálica incrustada por casualidad, ese granito de arena cuya aparición, sobra decirlo, todo el mundo lamenta mucho, apenas afecta y continúa respirándose cierto orden.

Se ocuparon de mí y, cuando vieron que se atascaban en un punto del procedimiento por la imposibilidad de medir in situ la radiactividad de la pieza y de evaluar la dosis de radiación que había recibido, tras los exámenes rutinarios, tranquilizados, supongo, en lo esencial, me mandaron de nuevo a casa con orden de volver al día siguiente para someterme a otros exámenes y continuar con el seguimiento de la dosis. Dos horas después, estaba tumbado, agarrotado. El tiempo justo de comer entre colegas, volver al camping y esperar a Jean-Yves. Nos bebimos dos cervezas juntos y me sentaron mal.

El menú de seis euros. Plato, postre, café, una jarra de tinto. Cuando quise coger la cartera de mi chaqueta, no me obedecieron las piernas. No hubo una rotura repentina de la fuente de alimentación, el mecanismo seguía respondiendo, pero de manera distinta, aquello más bien fue como una pérdida de fluido hidráulico en los pistones, de modo que la energía necesaria para despegarse de la banqueta era considerable. Me puse en pie ante la mirada de los colegas y envuelto en una especie de zumbido. ¿Estás

bien? Sí, estoy bien. Preferí zanjar la cosa y, para zanjarla, fui a lo esencial, el billete sobre la mesa, ponerme la cazadora, atravesar la sala y luego dejar actuar a la costumbre, el parking, el coche, la prioridad de paso al salir, cruzar el puente, doscientos metros después del puente girar a la izquierda en dirección al camping.

Me quité los zapatos y me senté a la mesita. Llevaba aún la cazadora sobre los hombros. Me habría acostado de buena gana. Miré a mi alrededor, todo estaba limpio, en orden, habían abierto las ventanas, se notaba la mano de Jean-Yves detrás de todo aquello y su talento para organizar cualquier espacio vital o laboral en cuestión de minutos. Me sentó bien. Lo que en un principio, por su parte, había sido un servicio que yo aceptaba un poco a regañadientes –habría preferido encontrar una habitación independiente o en el hotel para las tres semanas de trabajo–, ahora adquiría un cariz distinto. Los cojines en la espalda, niquelados. La funda extraíble del sofá cama, abierto, a cuadros naranjas y marrones. Con las cosas de segunda mano, raramente puedes escoger, pero, vista la catastrófica gama propuesta por los fabricantes en sus catálogos, no cabe lamentarse por no haber tenido elección. No saben hacer nada sobrio ni liso, y el tiempo y la moda no lo arreglan. Recuerdo que a Loïc le encantaban este tipo de estampados. En nuestro paseo por los concesionarios, me comentó varias veces, tras el primer vistazo: este tejido es majo. Para gustos, colores. De todas formas, en un momento dado, te sientes afín a alguien y, así, de golpe, ante un detalle, se abre un abismo entre vosotros.

Me aguanté las ganas de acostarme e hice bien, porque al poco oí el coche de Jean-Yves, que volvía de Tours, donde había decidido pasar uno de los dos días de descanso que le habían concedido automáticamente por el retraso en la obra. Al verme sentado mano sobre mano tras una mesa vacía se quedó sorprendido. Y en su mirada, en unos segundos, vi pasar la totalidad del razonamiento hasta llegar a una conclusión sin vuelta de hoja: vamos a tomarnos una cerveza. Cogió dos latas del pack que había en la nevera y fuimos a sentarnos bajo el toldo.

6

El terreno lo acondicionó el ayuntamiento en los años cincuenta o sesenta. Ahora, los chopos plantados por todo el perímetro a modo de cortavientos han alcanzado su altura máxima. Entre los árboles hay bancos orientados al Loira. Te sientas ahí y te olvidas de todo. Cuando llegan los cambios de turno, el camping se anima con los que se van y los que vuelven, y los motores diésel giran al ralentí y producen una línea de bajo pespunteada por algún grito breve, luego vuelve a caer el silencio y domina el letargo. ¿Qué sucede tras las puertas de las caravanas, ventanas y cortinas cerradas, entre el sueño de unos y la ausencia de los otros? Nada, porque el tiempo aquí funciona de otra manera, al margen del curso normal de las cosas, a un ritmo que no es el del reloj biológico.

Con cada nuevo contrato, la cuestión del alojamiento se plantea siempre en los mismos términos, algo decente a precio razonable, un auténtico quebradero de cabeza. A sabiendas de que los alojamientos temporales son tomados al asalto en un radio de diez o quince kilómetros a la redonda de las centrales, cada vez abundan más los que, como Jean-Yves, optan por la caravana más por necesidad que por gusto. Los municipios prestan terrenos, abren las vallas de los campings para acoger a los trabajadores y las vuelven a cerrar cuando se van hasta la temporada de verano. A Jean-Yves me lo crucé por primera vez en Flamanville, a principios de septiembre, en el bar-restaurante de un hotel que también tenía apuestas hípicas y tabaco. Yo andaba buscando una habitación para alquilar. En la barra había cuatro hombres. Los cuatro empleados de la misma subcontrata, y él, como jefe del equipo anterior, él más dispuesto de todos, un hombre al que los demás respetaban casi por doblarles la edad y por su saber hacer, me hizo la pregunta. Yo había llegado por el pasillo interior del hotel, que tiene una entrada exterior independiente por el otro lado, pero no había nadie que te atendiera a esa hora muerta de principios de la tarde, ni tampoco había ninguna indicación para hacer saber que la clientela debía dirigirse al bar. Pedí un café. Si le quedaba una habitación, para

cuántas noches, mientras el chico pasaba un trapo por delante de mí, aún no lo sabía, dije que para la siguiente noche, se fue a buscar a la dueña, y entonces Jean-Yves me preguntó si estaba allí por la parada de bloque; llegaron coches, restallaron las puertas, el local se llenó y la conversación se sumió en el barullo del ambiente. Me fijé, sin sonreírme, en que medía una cabeza menos que el resto y en que tenía el sobrepeso de la cincuentena, una amabilidad y un encanto completamente espontáneos y una simpatía natural, de trato de tú a tú, que te hacía corresponderle con ese mismo trato, como igualmente nos sucede con quienes nos resultan antipáticos. En las semanas y los meses que siguieron, forzando un poco el azar, nos vimos a menudo. Siempre con gusto, sin cargar las tintas, como lo saben hacer los colegas en el sur cuando se reencuentran con alguien. Pero en el primer apretón de manos, con la primera frase de bienvenida y tres palabras de respuesta, ya estaba todo dicho. Cuando has rodado de obra en obra, acabas por cruzarte con caras conocidas y, hasta en ausencia de un sindicato, se unen los puntos y cada cual teje su tela y dibuja su mapa de Francia con los mejores sitios donde recalar, uno que vivió aquí en invierno, otro más allá que se las arregla como puede durante un descanso forzado a causa de un paro técnico.

En el control no destructivo que constituye el oficio de Jean-Yves desde hace diez años y el campo principal de su pericia –tiene otras, fue empleado de la central de Tihange en Bélgica–, lo esencial del trabajo se lleva a cabo de noche, cuando el lugar donde debe intervenir está menos concurrido. El trabajo nocturno ya lo probé también durante unas suplencias. A pesar de no cogerle el gusto, sí pude ver las ventajas: no solo un sueldo más alto, sino también los ratos de la tarde. Para los subcontratados de las centrales, a los turnos de ocho horas se añade la obligación de desplazarse cada tres o cuatro semanas. Es más fácil con el cambio de hora del verano. Entonces, se puede trabajar de noche sin dejar las ocupaciones diurnas ni la ilusión de tener vida social. Para quienes se alojan en caravanas o en hoteles sin el añadido de una vida familiar, tras la recuperación matutina, el tiempo libre hasta la noche, por poco que uno sepa en qué ocuparlo, le da sentido a la jornada y permite mantener la cordura, y la manera de rellenarla, pues no tiene que rendirle cuentas a nadie, en una libre disposición de un tiempo que al final no es tan frecuente y dice mucho del carácter y del estado

en que se encuentra. Para aquellos que siempre han desempeñado alguna actividad –alguno ha conocido Jean-Yves– y que no salen ya más que para ir a trabajar a pesar de adorar la pesca, algún deporte o la mecánica, la tormenta es inminente. Y es un mal menor. Porque ya es una señal.

Ocho de cada doce meses, el día a día y la vida en las caravanas se acortan. A muchos no les supone problema, los de alma sedentaria apenas necesitan espacio a su alrededor. En comparación con la decena de pasos que se han de dar normalmente para ir de una habitación a la cocina, de la cama al fregadero, un solo paso basta en la Caravelair de Jean-Yves y eso que tampoco es que sea un modelo básico, sino un modelo familiar con opciones escogidas por el primer propietario, doble mesita de desayuno y una habitación de matrimonio independiente, es la terminología oficial, concretamente, detrás, un sofá cama en U bajo una puerta corredera, y delante una cabina de cuatro metros cuadrados con una cama para dos personas. Loïc pensó en invertir en una caravana. Un sábado, en Royan, en el coche, decidimos hacerlo con el dinero que nos quedaba de las suplencias. Fue idea suya. Y también lo fue la visita al zoo de La Palmyre al norte de Royan. Antes de la visita y en el camino de vuelta, por el paseo marítimo, la sucesión de concesionarios multimarca, caravanas y autocaravanas, los nuevos, los de ocasión y los aletargados; yo no la habría elegido pero sí habría pagado la mitad y, una semana más tarde, lo que se tardaba en instalar el enganche, habríamos ido a recogerla; La Palmyre, el camping, era alegre, un aroma de vacaciones infantiles que ninguno tuvimos; yo le veía el lado práctico, dos horas para recoger todo al acabar la obra, conducir de noche y, al día siguiente, empezar otra obra. La idea, como tantas otras, se quedó en proyecto. Aun así, al volver por la noche a la central nuclear del Blayais por la carretera turística que recorre el estuario, estábamos contentos. Contentos de haber caminado, de haber soñado, sobre todo, de habernos despejado la víspera del día D.

Nuestra carrera en la energía nuclear empezó allí, a orillas del estuario de Gironda, formación teórica e instrucción en simulador, hasta el día de la primera intervención. Por parejas estás respaldado, es más fácil lanzarse al agua. Y la mirada del

compañero cuenta en ese momento tanto como la voluntad de hacer las cosas bien y la consciencia que tenemos de lo que está en juego. De esa primera vez, del trance de haber sido lanzados juntos al gran chapuzón, hablaréis a menudo, para consolidar lo que existe o para disfrutar de que exista, un vínculo sólido que ilumina todo con una luz distinta y que vuelve soportables muchas situaciones. Así que el Blayais en junio. Luego Nogent-surSeine, Cruas y Civaux, en el departamento de Vienne. En Civaux, a Loïc se le torcieron las cosas. Menos de ocho días después de empezar los trabajos, le retiraron la habilitación, lo sancionaron por falta grave y la agencia lo mandó a la central de Saint-Laurent en el distrito del Loira a limpiar las torres de refrigeración. La limpieza de las torres es lo peor con diferencia. Con el calor del mes de agosto, entre amebas y legionelas y con los productos clorados que se manipulan, es una tarea asquerosa. Al cabo de dos semanas, los chavales solo aspiran a una cosa: a trabajar dentro, entrar en zona controlada; cuando se reparten las autorizaciones de acceso lo viven como un ascenso, se van a llevar sus dosis igual, pero no lo notarán y el trabajo es limpio.

Loïc en las torres, en dirección a Saint-Pierredes-Corps, cambio a Blois y Saint-Laurent. Yo me quedo en Civaux hasta el final de la operación. La víspera de su partida, el rumor que circulaba desde hacía días fue en aumento: por lo visto, la intervención del generador había salido mal, al volverse loco su dosímetro, había dejado colgados a sus colegas y se había largado. Espero, en vano, a que me dé su versión de los hechos, que salga de su mutismo y me tranquilice. En la estación de Poitiers. Ahí es donde nos separamos después de seis años de aventuras en común, de tomar las mismas decisiones más o menos acertadas, de recorrer los mismos caminos, de cometer los mismos errores de pilotaje –o de convencernos de que no lo son, por cometerlos a dúo y de común acuerdo–, de construir juntos castillos en el aire, yo siempre un poco a remolque por respeto a las canas, él dos años mayor, pero dos fugas y otros tantos vericuetos nos llevarán a conocernos en el liceo Colbert, en Lorient, en los pupitres de la rama de ciencias, ingeniería electrónica, a principios de curso del año 2000. Seis años después, en la estación de Poitiers, me impide bajar del coche, abrevia, el coche en doble fila, la mochila rápido al hombro y el chasquido del maletero que da la señal de salida; después, se rememoran las

imágenes, el atasco de ese viernes tarde, el asiento del copiloto vacío a la vuelta y el tiempo que costará acostumbrarse. En la habitación del hotel, dos camas, una de las cuales no sirve para nada, pertenencias que se dejó, que tenía que volver a recoger, que sigo teniendo yo. Demasiado espacio. Y el ruido de los vecinos que antes no oía, solo en contadas ocasiones y, en esas ocasiones, como fragmentos de una vida lejana tallados por nosotros en el flujo continuo de palabras (las nuestras, las de la televisión o el amontonamiento de ambas). La habitación se ha vuelto demasiado grande. No debo quejarme. En el mes de agosto, a muchos trabajadores les cuesta encontrar alojamiento. Ya es difícil en temporadas normales. El estrés de acabar lejos, de que sea muy caro o de terminar apiñados unos contra otros.

7

El viernes reconstruimos el incidente en el simulador. Convocados a las tres de la tarde. Y como se trata ni más ni menos que de una recreación para dilucidar una verdad y debe seguirse el guion como si nos encontráramos en un plató de rodaje –serán cinco alrededor del simulador, cronómetro en mano, y yo con equipamiento completo ventilado–, nada es peor que la película que se monta uno y que se reproduce en bucle durante las horas que siguen al incidente, los ojos clavados en el techo de la caravana, derrengado por un cansancio que claramente no debe nada al azar. Te ves en la sucesión mecánica de los mismos gestos. Te dices que no es real, simplemente porque no debería haber sucedido. Pero el cansancio te cubre como un envoltorio, y las náuseas por dentro, para refrescarnos la memoria. Tendido rígido en una camilla demasiado estrecha, con la garganta seca e incapaz de tragar, sueñas con espacios abiertos. Lo primero que se habitúa es el cuerpo. Pero no deber ese estado a nadie más que a uno mismo abre una brecha. Olvidas los motivos válidos del principio, los buenos momentos. ¿Cómo hemos llegado a esto? Estamos demasiado agotados para deshacer el camino, para invertir el curso de la historia, más vale dormirse y mañana por la mañana darse una buena ducha y quitarnos de encima la pesadilla.

Azul, verde, amarillo, naranja y rojo. En óptica, ordenados por longitudes de onda crecientes. En radioprotección, ordenados por riesgo creciente de exposición de extremidades –manos, pies, tobillos, antebrazos– a las radiaciones ionizantes. Las fuentes radiactivas están reguladas. Las zonas de trabajo también, siempre que exista un riesgo de irradiación o de contaminación. Tres palas de una hélice o un trébol de tres hojas sobre fondo de color. Signo negro sobre fondo blanco, zona no regulada. Sobre fondo azul, zona vigilada. Sobre fondo amarillo, entrando en zona controlada. Los colores acabas memorizándolos, el espectro entero, del ultravioleta al infrarrojo, con una atención particular por los colores cálidos, sobre todo de noche, como una barra de hierro encendida hasta el

blanco que pasa por todos los tonos del rojo (lo que nuestra limitada percepción nos dice a primera vista que es rojo). Y, así, sin darnos cuenta, desde esos primeros días de curso de habilitación en que descubrimos el sistema de señales en vigor y la lógica que hay detrás de las mismas, estas se cuelan en nuestros sueños. Al final de las prácticas, un examen valida lo aprendido, y a los que suspenden se les aparta. También eso se me aparece en sueños, para atraer a la suerte intentamos responder con rapidez, y los colores desfilan y hasta en esos instantes la memoria fiel escoge las respuestas correctas, las zonas vigiladas en azul, más allá las zonas controladas, verde, amarillo, naranja, y la zona prohibida, trébol negro sobre fondo rojo, las tres palas se ponen a rotar a lo bestia como un ventilador que no tiene ningún sentido ahí, quieres avanzar, tienes que atravesar la esclusa, pero una tremenda corriente te empuja hacia atrás y luchas por avanzar, trébol negro, el signo de la energía nuclear, sobre fondo rojo, se vuelve inaccesible, es la calavera de los bidones de TNT lo que tendrías que ver, pero el sueño decide otra cosa y, si aumenta la temperatura y al mismo tiempo la sensación de frío, es porque estás nadando bajo la colcha, a saber por qué te cubre la cabeza, y, cuando te despierta el ronquido del vecino, la última imagen a la que te enfrentas es ni más ni menos que la del encargado diciéndote que avances, pero no puedes, y que no ve nada, y que insiste en su orden, y quieres decirle qué te lo impide, qué te tiene enredado, y luchas contra ello y es un vendaval propulsado contra ti y te debates, quieres decírselo pero no te sale nada y el estruendo es terrible, como el rotor de un helicóptero, y él no ve, no oye, y nada sale de tu garganta, atascada, no puedes decir nada y sigues nadando.

Al despertar, todo está tranquilo, solo se oyen los ronquidos de Jean-Yves tras el tabique.

8

Convocados a las tres de la tarde, pero hay que contar con tres cuartos de hora mínimo para pasar los controles y ponerse el traje. La sala está pintada de blanco y el suelo embaldosado. En el centro, un corte transversal de un generador de vapor; el simulador parece una cápsula desviada de un módulo orbital tras atravesar la atmósfera y aterrizar aquí. Me acompaña el médico. Ya hay cuatro personas reunidas alrededor de la maqueta y vestidas de blanco, cada uno según su rango y su función. Con bata y la cabeza descubierta, el médico y el inspector de Seguridad Nuclear que se ha desplazado hasta aquí y supervisa las operaciones. Para los técnicos de radioprotección y el jefe de obra, pantalón y chaleco –versión limpia del mono de trabajo–, sin olvidar el casco y la cofia debajo; y yo vestido como el día del incidente con el traje completo que llaman «Mururoa», que evita la contaminación por contacto directo pero no protege de la radiación.

Punto caliente. Tasa de dosis elevada y contaminación radiactiva de las superficies. En una situación real, hay que actuar con rapidez. Nos han formado para eso. Formación teórica y práctica. En la práctica, de ocho a diez días con la maqueta a tamaño real de la parte baja del generador denominada «depósito de agua», del tamaño de una cabina Soyuz. Control médico de aptitud, entreno intensivo y gestión del estrés. A la hora de la puesta en órbita, todo está listo o casi, el traje de protección completo –blanco, con escafandra ventilada y botas altas–, para un descenso acelerado en lo más infinitamente ínfimo de la materia por no poder viajar a lo más infinitamente máximo de la misma, la conciencia del riesgo, el gesto técnico que repetimos, y la convicción de que hay que hacer lo que hay que hacer, por responsabilidad individual con los colegas y por responsabilidad colectiva con este colectivo que es el nuestro. El depósito de agua pertenece al circuito primario. El agua a presión viene directamente del interior. Vuelve tras irrigar los miles de tubos dispuestos en haz del generador, y transmite su calor al agua del circuito secundario. En cada parada de bloque se vacían

los circuitos y se comprueban las superficies de intercambio para prevenir las fugas radiactivas primario-secundario (eso es trabajo de Jean-Yves y de su equipo, control de microfisuras por gammagrafía).

Tú intervienes en el circuito primario. Cada uno sabe lo que tiene que hacer. Las partículas radiactivas se posan en el metal. Hay que formar equipos de tres o cuatro para repartirse la dosis y limitar a dos o tres minutos el tiempo de intervención. Después de ocho días de maqueta, te dejan en la zona controlada bajo la figura tutelar del generador de vapor que te observa desde lo alto de sus veintidós metros de acero, como un submarino de bolsillo de la era soviética plantado en vertical boca abajo. En la base, el depósito de agua. Y una escotilla de cuarenta y cinco centímetros de diámetro. Entras, tienes unos minutos para hacer lo que tienes que hacer, contados, lo haces, sales, otro te releva, etcétera. Técnicamente no es difícil, pero al menor problema, a la menor complicación, te llevas un buen susto, porque el contador del pecho se embala, el dosímetro también se embala y la respiración bajo la escafandra adapta otro ritmo. Punto caliente. O cómo una cosa que es simple en principio termina siendo complicada por la consciencia que tiene cada cual de estar expuesto a las radiaciones y por la transmisión del estrés dentro del equipo.

El inspector nos recuerda cuáles son los objetivos y por qué método de evaluación se ha optado. No creo que sea mucho mayor que yo. Se ha curado en salud progresando en la vida profesional y sin duda unos cuantos años más le vendrán bien y reforzarán la primera impresión que da, borrando lo demás, ese punto un poco forzado y rígido. Me basta con que no se dirija a mí como a un número disfrazado de astronauta para que se me antoje más simpático; también por los esfuerzos que hace por escucharme responder a las preguntas que me hace, cuando el jefe de obra respondería por mí con gusto.

Así pues, el lunes por la mañana, la intervención de los tubos estaba terminada, limpiamos el generador tras retirar el material. Tiempo previsto para la intervención, seis minutos. Tres intervinientes. Trabajan dos minutos. Entro el último. Para una última inspección, comprobar que no hemos olvidado de nada. Al

volver a dejar entrar agua en el circuito, una embolia, como un coágulo, directo al corazón. El depósito de agua, un cuenco de acero de tres metros cuarenta de diámetro, dividido en dos por una placa de partición, lo rodeamos en un momento, pero con la dificultad de los apoyos y el equipo de protección que complica hasta el uso manual de ciertas herramientas, perdemos tiempo. He visto algo al fondo del depósito. ¿A qué distancia estaba usted? Me coloco. ¿Y entonces? Entonces me asomé. A veces cuesta diferenciar entre el componente original y la pieza repuesta. Con un dedo deslicé la pieza. Me piden que repita ese movimiento, lo repito. Un chico de radioprotección, cronómetro en mano, apunta el tiempo. Quise examinarla. Con una mano –se coge con más facilidad con la izquierda–, luego con la otra –mano derecha–. Manipulación torpe a causa de la doble capa de los guantes, y la pieza se me escapó. Durante ese tiempo, el contador sigue girando. Tasa de dosis por contacto por estimar, dos capas sobre la piel: guantes de algodón y traje de vinilo.

Una pieza de metal al fondo de un depósito de agua, la primera pregunta es de dónde ha salido. En mi cabeza desfilan las imágenes con la rapidez en biometría de un software de reconocimiento de huellas dactilares en un proceso de identificación, y lo que pasa por la criba en primer lugar es el material de la obra, gira la película, pero no en orden cronológico, sino en una disposición extraña donde las imágenes se superponen como en un milhojas de informaciones, el procedimiento entero troceado, cada herramienta, cada pieza venida del exterior, con la precisión esperable por la experiencia de las obras precedentes, como ladrillos elementales que se levantan a cámara rápida y se amontonan formando un bloque compacto de memoria, soltado tal cual, en un resumen impactante que, sin embargo, no es nada. Nada pega con nada. ¿Entonces qué? ¿El generador, algunos elementos constitutivos, desmontados y luego vueltos a montar, y la pieza que falta de un inmenso puzle que tal vez sostienes en la mano? Y de golpe, esa idea que sabes que es la buena, que ya se te podría haber ocurrido antes y que te da primero calor y luego sudores fríos bajo la escafandra ventilada, porque es, de lejos, la primera explicación que se te debería haber pasado por la cabeza. Un único objetivo, salir de ahí. Salir yo de allí cuanto antes. Pero la pieza la pongo con precaución, y no en cualquier sitio. Bien visible para el siguiente

que meta medio cuerpo por la escotilla que sirve de acceso. En este caso, el jefe de obra, cinco minutos después, agente estatutario, treinta años de antigüedad, según declara.

Él identificó la pieza de inmediato. Una arandela de seguridad. Cree que se soltó de la cuba y, después de pasar bastante tiempo en el corazón del reactor, migró hacia el depósito de agua durante la prueba hidráulica. Bastante irradiante por su activación. Y así lo confirma la valoración del laboratorio de metalurgia. Cuerpo migrante activado. Aquel cuerpo en la palma de la mano, la mía, real o no. En el universo virtual de la simulación digital, el avatar antropoide soy yo. Se obtienen los datos: proximidad a la fuente y tiempo de exposición, geometría y radiactividad de la pieza. La tasa de dosis al contacto se calculará teniendo en cuenta los equipos de protección. Respuesta a comienzos de semana. A partir de ese momento, me pagan por esperar. Veinte milisieverts. La dosis máxima autorizada por hombre y por año, por ochenta y cinco kilos de esqueleto y músculos, con un poco de habilidad y suerte, cada cual espera repartir la dosis en un número máximo de encargos, olvida que al primer incidente grave lo sentarán en el banquillo hasta el año que viene.

9

Operario DATR (Directamente Afectado por Trabajar bajo Radiación). Una noche vuelves a casa y vas a tope. Has sobrepasado la cuota de dosis reglamentaria. Eso puede suceder en cualquier momento y a cualquiera –sí, también a alguien como él, Jean-Yves, que me habla desde su experiencia de veinticinco años de práctica–. Cuando eso pasa, el mazazo, apechugas, sin rechistar. Después de esperar durante meses con la espada de Damocles pendiendo sobre tu cabeza, cuando la espada corta, caes y te quedas sentado, y es casi un alivio. Para cualquiera que no sea uno de tus colegas de trabajo que comprenden todo eso o la chica de la agencia o de recursos humanos que cuenta contigo para el año que viene, una ocasión que hay que aprovechar para recapacitar y cambiar de oficio. Los escuchas. No tienes ganas de quejarte. A pesar de. No te sientes con derecho a quejarte. Nosotros mismos nos trenzamos la cuerda o forjamos la hoja, eso nos dirán, no nos hagamos los sorprendidos. Sin embargo. Te han tocado algo central. Y las náuseas y el cansancio, ahí por debajo, apenas afectan. Casi le agradecemos al cuerpo que nos haya impuesto eso, haber llegado hasta aquí, vendiendo el kilo a precio de ternera. Jean-Yves tiene razón, al verse uno obligado a pagar así su deuda al contado se cree dispensado de consecuencias futuras. Los compañeros lo saben, porque firmaron para ese mismo embarque. Dice que en casa no es igual. Quienes creían que allí encontrarían un refugio lo descubren los primeros días. El aislamiento, desde un principio, por el ritmo de la familia, un ritmo que ya tenía antes y que no cambia, también por la mirada del otro, el temor, aunque se sepa que no, que no es contagioso, la esposa que se va a dormir a otro sitio, los dos pequeños juntos y ella en un colchón en el suelo, con cualquier pretexto. Un anticipo. Por si las complicaciones tuvieran que llegar. No se habla de ello. No se hablará. Dice que él, de dar tantas vueltas y tan rápido, tiene nostalgia de las operaciones. Bromea: «Prefiero nuestro infierno a ese otro, por lo menos aquí te sientes mejor acompañado».

Estamos los dos acalorados en la caravana, se ha levantado viento, un viento del oeste que aquí llaman «viento de mar» aunque la costa esté a más de doscientos kilómetros. Para la pesca o los baños tenemos el Loira a cincuenta metros en línea recta tras la cortina de árboles. Colocamos las cosas bajo el toldo. Jean-Yves ha preparado sus cañas de pescar para el día siguiente. Nos vemos ante una mesa puesta y una comida estructuradísima: entrante, plato, queso, cerveza y café al gusto según el folleto que hay que rellenar por el dorso. Ahí donde los solteros se conforman con una conserva preparada deprisa, un sándwich o una pizza, entre nosotros, para las comidas diarias, se ha establecido la norma de preparar por turnos algo que valga la pena compartir –tampoco alta cocina, aunque Jean-Yves podría, porque tiene dotes y una hermana pequeña que regenta un restaurante en Namur–, algo que esté rico y en cantidad suficiente para los dos.

En la pantalla, las imágenes del informativo de las ocho de la tarde con el volumen a cero mientras esperamos el parte meteorológico. Se ha puesto en pie, con una mano levanta la tapa de la cacerola y con un golpe de la espátula da la vuelta a la ternera que compré ayer. Añade sal y pimienta a la menestra, deja el fuego bajo y vuelve a cerrar la cacerola. Diez minutos. He puesto dos platos y una bandeja de embutido en medio de la mesa. ¿A qué hora te vas mañana? No lo sé. A última hora de la tarde o a primera, digo. ¿Qué piensas hacer? Tengo un contrato asegurado, cuatro semanas en abril en el Blayais y en mayo en Tricastin, la segunda quincena, ¿ahora de qué sirve? Él lo reconoce, de bien poco, salvo quizá el derecho de presentarme y explicar cuál es mi situación. Para un trabajador DATR no se piensa más allá. Has firmado bajo una condición. Cuando se da la condición, el contrato se anula. Nos falta lucidez, se nos escapan algunas cosas. Lo que se resiste a la realidad, el riesgo, la aprehensión del riesgo; conocemos el precio, la bonificación a pie de página en el contrato o, más arriba, el total bruto del salario un poco mejor aquí que allá, y la suma diaria por costes de alojamiento que ahorramos cuando nos organizamos entre unos cuantos para compartir un alquiler. Así que, conocido el riesgo, se entienden las contrapartidas, rapidez de contratación y remuneración, pero calculamos con menos soltura la medida. Cuando una agencia cuenta con nosotros, nos alegramos demasiado pronto. Chinon, el Blayais, Tricastin, trabajo a tres meses

vista, me alegré. Me señaló: «Ahora mismo tienes doce meses por delante» o, lo que es lo mismo, doce meses de acceso prohibido en los que tendré que buscarme la vida. Es fácil decirlo. Doce meses exactos por un estúpido gesto. Por la curiosidad de mirar una palanca. Y al mismo tiempo, abandonar el oficio, pasar página, ¿para qué? A muchos les sale más a cuenta trabajar en la industria nuclear que en la de la construcción o la del automóvil. La prueba es que todos los días te cruzas con gente que podría haber cambiado de vida, que ya llevan lo suyo encima y, sin embargo, ahí están y ahí siguen. ¿Qué los atrae?

Te los cruzas, reconoce Jean-Yves, pero tampoco son tantos. Está de pie, en el rincón de la cocina en forma de L, apoyado contra el fregadero de acero inoxidable, ha sacado la tabla, corta el asado, coloca las rodajas sobre la marcha en el centro de una bandeja, luego vuelca la menestra. Me gusta mucho observarlo. Hasta en esos gestos simples, me encanta observar esa manera de hacer suya y de nadie más. Me dice sin levantar la cabeza: aquí no hay nada para ti. Aquí no hay nada que no puedas encontrar en otro sitio. Lo demás es empeñarse, caer y recaer por este camino por motivos equivocados. Ha cogido la bandeja, la pone en la mesa sobre un paño doblado en cuatro. Me hace una seña, sírvete. Se sienta. Según él, esa gente no es trigo limpio. A esos les gusta pasar miedo. La mayoría jóvenes. De todas formas, a este ritmo nadie llega a viejo. Lo que les encanta de su trabajo son las emociones fuertes. Los observas el sábado por la noche, como novatos de permiso, la de copas que son capaces de meterse entre pecho y espalda antes de irse con la primera que pasa. En cuanto agarran el volante, todo son ganas de velocidad y, en cuanto acaban con la chica, ganas de largarse. A esos mismos te los encuentras en el turno de noche, siempre a tope, día y noche, infatigables, pidiéndote intercambiar unos días libres. Los he visto caer desplomados de pronto en una obra, tiesos. Los evacúas y, al día siguiente, llega otro muchachito con el mismo empaque. Claro, hay que tener agallas. Pero tener agallas no es chutarse adrenalina. Alguno competente te cruzas, esos son los peores, chavales válidos que juegan a destruirse a fuego lento, a saber por qué; cuando otros trabajan aquí para sobrevivir, a ellos lo que los atrae es el peligro, la certeza diaria de correr peligro, algo que no está al alcance de todas las labores en cualquier otro sector. Vienen de diversos lugares, pero no encontrarás a uno

solo que haya sido capaz de quedarse más de seis meses en el mismo puesto. De manera que el sector nuclear, y hasta los contratos cortos, les cuadran mientras el cuerpo aguante, sin ataduras, viajando por toda Francia. A este ritmo, el dinero se les escurre entre los dedos. Hace un gesto. Si a nosotros se nos escurre rápido, a ellos más. Cuando paran, están como el primer día: el coche aparcado delante del hotel y dos bolsas en el maletero, pero con cinco años más. Y el cuerpo multiplicado por dos en esos cinco años.

Se hace de noche. Fuera de la caravana sopla viento de poniente que atraviesa los álamos plantados. No parece que nada vaya a perturbar la calma. Hay bancos de cemento frente al Loira. En verano, los niños juegan al pie del talud en el camino de sirga o más allá, más abajo, en la arena, y se bañan, y el viento transporta sus gritos por encima de los bancos y las ramas hasta las tiendas. Jean-Yves ha sacado su cerveza de reserva. Estamos sentados en la banqueta, con las cortinas echadas. Habla. Me sienta bien. Tiene una presencia, al hablar, que te gana. No se puede hacer otra cosa que escucharle, interesarse, hacer alguna aportación de vez en cuando, pero no es obligatorio, solo si quieres, si te apetece, la conversación la puede sostener sin problemas por su cuenta. Aprovecho la situación, ese aliento que comunica a los demás, solo con escucharlo, con verlo actuar, por simple contacto, como las superficies de intercambio primario-secundario, con el respeto y la estanqueidad de los circuitos, que te levanta el ánimo y te da ganas de ponerte en marcha. Aun cuando luego, fuera de ese campo de energía, el efecto se disipe, ya vale la pena ese instante, en medio del olor a carne que llena el habitáculo, las ganas de actuar y el hambre que las acompaña. Fuera sopla el viento, por la pantalla desfilan imágenes mudas. Por encima, la voz de Jean-Yves se adueña de todo, cómoda, potente, cálida, sin temor por mi parte de estar obligado a llenar los silencios. Me gusta escucharlo, mirarlo, me descansa. Aquello que en otros es un monólogo interminable cuyo único valor es mantener un flujo continuo para la expulsión y el desahogo solo de quien habla o simplemente para regalarse el oído de un modo que a ese que habla le da lo mismo que su interlocutor hable o calle; así como otros irrumpen y derraman a tus pies las toneladas que les sobran, como ante las vallas de la subprefectura, las reivindicaciones al menos, cuando te hablan y les

da igual si estás muerto o vivo, que le hablarían igual a cualquier superficie reflectante, JeanYves tiene una manera de ocupar el terreno que da gusto ver al mismo tiempo que te interpela y, curiosamente, todo lo que dice te atañe y, cuando el interés disminuye, endereza por instinto –tiene talento para eso– con tal pericia que al final es el compañero ideal de los tímidos, de los callados y de los alicaídos.

Habla de Electrabel, que es la operadora de su país, Bélgica. Y de lo que aprendió en su momento en las centrales antes de que Suez las comprase, del vínculo estrecho, sólido, entre los muchachos recién llegados y los hombres cuyos gestos y reflejos de prevención copiaban. Y ahí se abre otro mundo, en el orgullo del oficio y las relaciones fuertes entre hombres, esa fuerza de la experiencia y de la transmisión que para el obrero joven se interponía entre él y el universo amenazador, viciado, del trabajo en la central. Ha sacado su mejor cerveza, esa que ha cruzado fronteras después de trabajar en las obras de Gravelines o Paluel. Yo estoy ahí, embarcado en su bote, y él rema con sus manos de hombre del Norte, el bote boga lentamente por una red de esclusas y cuencas, y su palabra fluida, ese acento suyo que le da más peso a las palabras y a veces casi otro sentido a las historias, a las anécdotas, por más que sean las mismas aquí que allá.

10

He salido tarde y en coche. Un Audi familiar me ha adelantado en el peaje de Châtellerault y me he pegado a él al vuelo, me pongo a su ritmo, a distancia, sigo su ruta; si hay un radar, el primer flash será para él.

A mí esto me gusta, coger el volante del 306 por Loïc a cualquier hora. Al principio, antes de trabajar en el sector nuclear, conducía del tirón. Luego ya, entre contrato y contrato, prefería hacer el trayecto por la noche y aprovechando la inercia de la jornada de trabajo, pero a lo loco, sin hacer ninguna pausa salvo la obligatoria en la estación de servicio. Y allí, siempre con prisas, ya no de marcharme sino de acabar y, con el pretexto de no perder tiempo ni a la salida ni a la llegada, ignorar los indicios y dejar que te posea un estado de ánimo que no deja de tener sus riesgos y regodearse en ese estado en el que planea el cansancio acumulado y el peligro que el mismo conlleva. Me ha gustado eso, coger el volante, con el único objetivo de alcanzar el punto P. En el sector nuclear, una ciudad clasificada como mediana –menos de diez mil habitantes– sin grandes aglomeraciones. Y las instalaciones siempre alejadas de la ciudad para reducir el impacto en caso de accidente. Dejábamos el lugar al terminar la última jornada de trabajo, rumbo a la siguiente obra, sin más obligación que la de estar en la central el día D. De ese día, tal como se estipulaba en el contrato, nos separaba a veces más tiempo del necesario o, por el contrario, el justo para hacer el trayecto –en tal caso, el coche nos esperaba en el parking con el depósito lleno para el viaje que ya habíamos repasado la víspera–. Cuando nos echábamos a la carretera juntos para recorrer largas distancias era noche cerrada como en alta mar, descansados lo justo, teniendo en cuenta la calidad del sueño, reparador, pese a todo, gracias a un extraño mecanismo de distensión e inmersión total en una burbuja sonora. Por la mañana, Jean-Yves abría la ventanilla, fumaba sus cigarrillos y charlábamos. Los pocos años que me llevaba eran lo más interesante de la conversación. Para dos individuos como nosotros, de acuerdo en lo

esencial, no bastaba con eso. Y de la imagen que cada cual encontraba en el otro de su futuro inminente o de su pasado no tan lejano, guardo el recuerdo de esas horas pasadas contándonos uno al otro, ambos asombrados ante tantas coincidencias, cosas de chicas, e incluso la música servía para eso, para poner a prueba hasta dónde llegaban los puntos en común de nuestros respectivos caminos y de los proyectos futuros de cada uno. Y por aquel camino, que no era exactamente la autopista del futuro sino más bien una carretera secundaria, él era mi cicerón, quien me permitía ver lo que me esperaba gracias a sus años de ventaja. Lo observaba avanzar, la conducción suave, la velocidad no reglamentaria. Me sentía confiado, inclinado a imitar sus aventuras y su entusiasmo comunicativo.

Conduzco, es de noche. El conductor del Audi asoma la cabeza y yo mantengo la distancia, la aguja del velocímetro fija en su velocidad, sus tubos de escape en el punto de mira. El paisaje desfila tras el cristal, iluminado aquí y allá. En el maletero, sobre el asiento de atrás, todo. Todo mi patrimonio. Esto es un sueño infantil. Conducir de noche y llevar contigo, en un solo vehículo, continente y contenido, todas tus pertenencias o, de entre tus pertenencias, aquellas que te bastan y te resultan realmente útiles, aquellas con las que vives pasablemente y que acaban siendo todo tu equipaje. Es un sueño evidente, pero no necesariamente de libertad. Como un modo de vida tradicional. Marcharse y llevarse todo. O no dejar nada tras de ti, visto de otra manera. No dejar más que el rastro de tu paso para los que vienen detrás y, a veces, al llegar, descubrir la marca que dejaron quienes te precedieron, que imaginas siguiendo la misma trayectoria que tú según la misma línea de fuga, cuando no, en la práctica no sucede así: ser nómada no supone la exploración continua de nuevas tierras, es una manera de estar en bucle, solo que sobre un territorio lo suficientemente vasto y en intervalos de tiempo lo suficientemente largos antes de volver a caer sobre tus propias marcas que evitan la impresión de estar en bucle incluso cuando el tiempo se repliega y los años se amontonan, incluso cuando todos los lugares se superponen, y las estaciones, y los rostros de los reencuentros, sigue quedando el movimiento, esa certeza hasta el final de estar en movimiento.

Marcharse en plan gremio, ir de una obra a otra y cargar con

todo cuanto tienes contigo, que lo esencial sea poco más que lo que te encuentres en cada etapa, viajar ligero, y nada más tranquilizador que avanzar así, sin cargas inútiles. De manera que en plan gremio, con Cayena pero sin la isla de La Mère1 y todo eso que te imaginas de esa comunidad forzada para quienes no gustan especialmente de la vida comunitaria. La Mère, como ama y señora, que gobierna a todos. Nada obliga a entrar –por los valores–, ni a quedarse. Salvo ese gusto por el trabajo bien hecho, trasladado de las catedrales a las zonas francas, que es su marca de fábrica, gusto por patearse Francia entera o por el Deber, todos compañeros, cosa que no dispensa del derecho a dudar o sentir remordimientos algunas noches. Te los imaginas, se perciben como una segunda familia. Y para aquellos que nunca han tenido ninguna o que habrían preferido tener otra, en cada ciudad, en algún sitio, a la manera antigua, un lugar, y allí, tras las paredes, una auténtica solidaridad y verdaderos lazos afectivos o rivalidad o temor y respeto, y todo ello mezclado, con contradicciones y momentos de alegría, como en todas partes, como todos los hermanos.

Trabajador itinerante, así como cada cual se reconoce en el otro, en la carretera, al caer la noche, en una central, que tiene la misma cara que tú o la misma forma de hablar, y que contigo, como dos personas bastan, constituye un círculo mágico, a veces de tres o cuatro, pero siempre en petit comité, por construcción, por el mismo principio que preside la organización de la mano de obra de una punta a otra del territorio. Reconstituir en todas partes relaciones de una intensidad, de una verdad inmediatas, esa verdad que costaría como mínimo diez años en la sociedad civil; lugares heredados de otra época que dan a los hombres el tiempo necesario para conocerse, como el maestro al aprendiz para mejorar su trabajo y estar orgulloso de él. En toda Francia hay islotes como estos, y probablemente los haya en otros lugares de toda Europa, y en estos islotes sigue viva una tradición que obliga a admirar y hace sonreír con o sin nostalgia, como sonríe uno ante un proyecto a contracorriente de la época.

Trabajador itinerante. Me habría gustado hacer las cosas de una manera distinta a esta, la moderna, evaluada en días/hombre y tiempo máquina, cuando las manos no producen ya nada sólido ni provechoso para quien las dirige. Conduzco y, a través del cristal,

cambio de lugar, para volver a encontrar ante mí lo que hay detrás. ¿Cuántos trayectos, cuántos contratos firmados desde mis comienzos en la vida laboral? Del paisaje que pasa no sé nada. Ni de la geografía de Francia. Ni de las decenas de miles de kilómetros que muestra el cuentakilómetros que por lo menos podrían haberme servido para eso, para ensamblar algunas piezas del puzle, que dibujan un mapa de un trayecto a otro, cierta idea del país, cuando, en realidad, nada, no me queda nada, y, de todas estas secuencias tras el cristal que se suman por porciones de autopistas y estaciones y peajes sucesivos, y de la alternancia de faros, de zonas urbanas y de noche negra, en cuatro años, si hay que destacar una sola con algún valor de ejemplo, por qué no esta, que a su manera vale por todas las demás y que tengo ante los ojos, de un trayecto nocturno al principio del mes de abril de 2007, entre la central de Chinon en Indre-et-Loire y la del Blayais en Gironda.

El Blayais

11

He acabado la noche en el asiento de atrás, bloqueado al despertarme entre dos camiones de mercancías españoles que no estaban allí cuando aparqué cinco horas antes, y en el tiempo que tardo en atravesar el parking de la estación de servicio, tomarme un café doble en una máquina expendedora y ojear los titulares de Sud-Ouest asomado tras el cristal, levanto la mirada, ya se han marchado. Curiosa mezcla. Nomadismo y reglas estrictas de organización y de rentabilidad. Salgo de la tienda, según los altavoces a mi espalda son las siete, delante de mí escala el sol al asalto de una jornada que anuncian casi estival por debajo de la línea La Rochelle-Grenoble; podría haber conducido esta noche hasta la frontera, bien al sur, he pensado.

Dejamos la autopista A10 en Mirambeau. Desde Mirambeau en dirección al Blayais, los doce últimos kilómetros de la carretera departamental los forman una meseta calcárea. Colinas, viñas, campos de cereales. Aquí y allá, el estrechamiento del camino o simplemente un alineamiento de árboles entre dos campos corta la perspectiva. Luego la meseta se interrumpe, y la vista se abre de pronto. Lo que entonces dominamos desde lo alto del acantilado muerto es el espacio abierto, sin límite, de los pólderes. Observo el cielo, por reflejo, maquinalmente, busco en su ascensión los característicos penachos blancos de vapor de las centrales eléctricas, pero en el Blayais no hay torre de refrigeración y, por tanto, ningún signo distintivo de su presencia a veinticinco kilómetros a la redonda como es el caso de Chinon. Enseguida la carretera se inclina y se inicia el descenso hacia el estuario de Gironda.

A la entrada del pueblo, una primera rotonda desvía el tráfico por la calle principal. La autocaravana que tengo delante reduce la velocidad, la precede una caravana tirada por una furgoneta, el pueblo está desierto, bajo un cielo límpido, ni una sola nube, y los hombres al volante, con la ventanilla abierta, inician el viraje con la misma conducción suave y la misma mirada en lontananza, un poco borrosa tras una noche de viaje: estamos a dos días de la parada de

bloque, todas las energías convergen de todas partes en la central. Hay quienes, como yo, se presentan la víspera o la antevíspera del día de apertura de la central, quienes se patean las agencias listos para aceptar el primer encargo que se les ofrezca; los demás, contrato en firme, primas e incentivos, son empleados de subcontratas, también con sus matices y su jerarquía, pero, en conjunto, comparado con la situación del interino, la suya parece envidiable.

En el Blayais hay tres agencias de trabajo temporal. La primera, a cien metros del ayuntamiento, subiendo la calle principal en dirección al estadio, es una empresa local. Las otras dos, afiliadas a redes nacionales, se encuentran más lejos, a la entrada de la zona industrial. Tres agencias para una población de menos de dos mil habitantes. La central, principal contribuyente y principal contratadora, y, en respuesta a la gran cantidad de ingresos fiscales, la desmesura de las infraestructuras deportivas y de ocio que dice mucho sobre la contrapartida que se debe pagar. En el escaparate, unos oficios más familiares, según nuestra experiencia, soldadores, mecánicos, electromecánicos, que otros, telefonistas, almaceneros, vigilantes. Y algunos que sorprenden a primera vista: andamistas, limpiadores, descontaminadores, calorifugadores, griferos, fontaneros, técnicos en ensayo no destructivo, cuya rareza nos atrae tanto como nos repele al iniciarnos en el oficio, son sin embargo el mayor contingente de la oferta, sospechamos acertadamente que hay una relación entre ambas cosas, puestos que deben cubrirse por decenas, y, en la mayoría de los casos, a falta de una descripción de los mismos, en ausencia de un calificativo basándonos solo en el nombre y en el salario, nos imaginamos el resto, las técnicas tradicionales, y cómo esas técnicas del trabajo experimentado en la central se relegan a un segundo plano en favor de otra cosa. Pero, en cualquier caso son puestos por cubrir, de un día para otro, una economía de la oferta, eso es lo esencial.

Entramos por la puerta y nos contratan. ¿Quién no ha soñado nunca con eso? Después de echar un vistazo a los anuncios colgados en el escaparate, un gesto que por sí solo deja ver su intención, la señorita se encarga del resto. Entras, no eres ni el primero ni el último, ella está ahí, disponible, contesta el teléfono pero su sonrisa es para ti, y su mirada también, entablando así ya el diálogo, y su

brazo que te invita a retirar la silla y sentarte, cosa que haces, la tienes en el bote, el trabajo es tuyo.

Oficios de riesgo. ¿Por qué unos dan el paso y otros no? Pesa la necesidad, la urgencia, pero no solo eso. Lo que está en juego allí, en el corazón de la central, fascinará a otros después de habernos fascinado a nosotros, esa mezcla de géneros. Como de llevar una tensión dentro, un temor sordo, una cosa no quita la otra. Lo cierto es que la atracción se mezcla con otra cosa. Algunos vienen por eso, Jean-Yves tiene razón. Digamos que se puede venir por eso, otros lo han hecho, algunos lo siguen haciendo. También, claro, por un montón de motivos distintos. Pero en última instancia, si vamos al fondo, si vamos a ese punto en el que convergen todos los deseos en su ambigüedad, ese punto central de donde parte todo, de donde surge toda la energía primaria. Acercarse cuanto sea posible, notar su respiración. Qué potencia. Somos conscientes de sus efectos devastadores. Pero ejerce sobre los hombres, por lo menos sobre algunos, una fuerza de atracción incomparable, quizá también sobre ciertas mujeres, no lo sé, no hay muchas mujeres en las centrales.

Nuestro primer contrato lo consiguió Loïc el pasado junio por la ANPE (Agence National pour l'Emploi) de Lorient, dos semanas de trabajo precedidas de un curso obligatorio de habilitación DATR. No estábamos en condiciones de permanecer demasiado tiempo inactivos, de tener que fichar el paro todos los meses; me convenció para que firmase y yo accedí. Desde Lorient al Blayais, cinco horas seguidas de trayecto, el motor clavado en el oído, fijo como un reloj, y esa cascada de imágenes que desfilan tras el cristal, que ya ni analizas, captas a toro pasado hasta qué punto contribuyen al cansancio general. Silencio y una imagen fija, cuando todo para, tiempo muerto. Y la inesperada inmensidad del parking. Un tiempo sin flecha, reversible, aún nos creemos capaces de invertir el curso de la historia y de desandar cuatrocientos setenta kilómetros, cuando el 306 se mete en la entrada de la autovía, de hecho no, nos la jugamos antes, nos remontamos un paso atrás, hasta el momento que apreciamos la encrucijada donde Recursos Humanos nos dio las gracias, cese de actividad en la automoción, y la prima de precariedad que se cobra a la finalización del contrato, una suma de la que arbitrariamente nos pagan los días de vacaciones estipulados que no disfrutamos, pero restan las vacaciones de verano, el alta y

el fichar obligatorio, tampoco es tanto pedir, pero, bueno, así funciona; el precio que debemos pagar hoy por el diploma en electrotécnica que no obtuvimos en el pasado, un título que podría haber obtenido, puesto que una diplomatura de técnico superior en electromecánica fue una elección personal, vete a saber por qué, la encrucijada de caminos, en aquel momento o unos años antes, da lo mismo, al pensarlo con más detenimiento se nos escapa la razón. El espacio al pie de la central parece sobredimensionado, vacío en tres cuartas partes antes de que abran, como los hipermercados de los enclaves turísticos fuera de temporada, cuando el vacío permite ver otra cosa, por el número de plazas de estacionamiento reservadas en la afluencia de los meses de verano, el parking se llena de la noche a la mañana, diseñado para ello, un mes al año, la estacionalidad del sector nuclear. El parking, como el resto, el interinaje, el alojamiento, de las dimensiones de una parada de bloque, mil hombres, llegados de todas partes.

12

«¡Pase, pase!» La mujer de la agencia se adelanta, sonriente, dinámica, cargada, el maletín, el manojo de llaves, la chaqueta bajo el brazo, el bolso al hombro. He llegado pronto y he estado esperando con el fresco matutino, apoyado contra la portezuela, contemplando las escasas conductoras que pasan rumbo a la zona industrial; a ella, a las ocho cincuenta, al volante de un Mini Cooper verde botella, la reconozco de inmediato. Me sostiene la puerta, le sigo el paso y me instalo en el papel del primer cliente de la semana. Con tiempo apenas para reencontrar mis huellas en un decorado que no ha cambiado desde el año pasado, tiempo para que ella suba las persianas y apague el contestador del teléfono, antes de desaparecer en una sala contigua que, a juzgar por el ruido de la cafetera eléctrica, los percheros metálicos en el armario y la carga de una resma nueva de folios en la fotocopiadora, debe hacer las veces de cocina, vestuario y almacén, con una puerta a la parte de atrás del edificio que acaba de abrir, se nota el aire fresco que entra y, enseguida, el olor a café, ya está, se sienta tras el escritorio, se inclina para encender la unidad central y se dirige a mí, parece que va a hacer buen día, lo dice de otra manera, que en la costa tendrán buen tiempo, la costa atlántica solo está a unos cuarenta kilómetros de aquí en línea recta, pero hay que subir más al norte, bajo la punta de la Coubre, para librarse de las aguas fangosas de Gironda. El año pasado, bajo otro cielo, plomizo, de junio, con gente esperando a nuestra espalda, algunos delante, estábamos sentados unos junto a otros como en el instituto en el despacho del director con la vista al frente, ambos disponibles y vírgenes de dosis, y ella, única patrona a bordo, reinando sobre su vivero de hombres, con quienes se encontraba a sus anchas, y bromeaba y se disculpaba mientras cerraba una carpeta en la pantalla y hacía tintinear sus pulseras sobre el revestimiento blanco del escritorio, interrumpida por el timbre del teléfono, que volvía a atendernos, siempre con la misma energía, desde principios del mes de junio, con ese bronceado impecable de finales de verano que mantiene de un año para otro. «¡Ya estoy con usted!», me sonríe, luce sobre el

bronceado una blusa abierta y una falda recta. ¿Su apellido? Se lo deletreo. ¿Nombre? Yann. Repaso mi trayectoria hasta Chinon, el tenor, las perspectivas, el incidente de la semana pasada, sin entrar en demasiados detalles, aun así le doy algunas explicaciones, por apuntalar mi petición, porque empleos limpios durante paradas de bloque y sin riesgo de irradiación hay pocos. Y para los pocos que hay, como almacenero o vigilante de seguridad, la competencia es dura.

Después de escucharme no me dice que vuelva al día siguiente, no hace falta. Reflexiona. Es decir, que teclea en su teclado sin despegar la mirada de la pantalla, con gran virtuosismo. Busca sinceramente una solución a mi problema. Al observar sus manos, su rostro concentrado, empiezo a creer, a encontrar un sentido a mis andares, descubro en mí una motivación que ante la adversidad y ante el giro de los acontecimientos debería haber puesto en sordina, pero que se recupera con fuerza dispuesta a abrirse. Algo tengo para ofrecerle… Es comedida. No es una solución milagrosa. Por otra parte, continúa tecleando, pero tiene la expresión franca. Y con ella un camino menos cambiante en la conexión de las neuronas, un rastro ya profundo que me hace pensar que tras esa idea que se le acaba de ocurrir –y que tiene el mérito de existir–, no habrá otras. Más vale estar disponible y receptivo, como lo estoy yo. Imprime algo, grapa dos folios juntos y los desliza hacia mí.

Agentes SRP. Seguridad y radioprotección. Puestos disponibles tras un curso de una duración total de entre siete y diez días según las opciones, con examen de conocimientos y entrega de un certificado de aptitud. Planeado para quince personas, comprende un módulo teórico centrado en los efectos biológicos de las radiaciones ionizantes, la radioprotección de los trabajadores y la normativa nacional, y un módulo práctico con trabajos dirigidos y simulacros. A continuación, una tabla de tarifas para el año en curso y una descripción de las condiciones de gestión. Originalmente, este tipo de formación estaba financiada por el ordenante, EDF (Électricité de France), antes de que el coste, como muchos otros, pasase a las subcontratas. Para los asalariados que cambian de empresa contratante en cada central, una sola solución: pagarlo de su bolsillo.

Tengo algo que ofrecerle, pero... Pero va a exigir un desembolso. He aquí el milagro. Para poder trabajar después de haber recibido tu dosis, al ocupar el último escalón, por ser trabajador temporal, un mes bruto de salario. Pero facilidades de pago, algo parecido a cuatro plazos sin intereses, como en las grandes superficies.

13

Sobre la cuestión de saber si debo pagar por esto, las opiniones están divididas entre los cinco de la mesa. Si aceptas, te cargas todos nuestros derechos adquiridos. ¿Qué derechos? No le hagas caso, habla como un funcionario. Es normal, lleva treinta años en la casa. Si yo lo decía por ti, yo no me quejo, yo tengo detrás a Areva, es Areva quien paga, pero, de hecho, los trabajadores temporales y los que tienen un contrato por obra y servicio en la central y les cambian de empresa cada mes, ya no cuentan con nadie. Si lo pagas de tu bolsillo, justificas el régimen actual, EDF se embolsa los beneficios, tú te comes las dosis y, entretanto, unos cuantos jefes de la subcontrata se van de rositas y vuelta a empezar, los años pasan, a todos los que se ahorran dinero a vuestra costa les dais buenos motivos para no cambiar nada. ¿Tú que piensas, Yann, le vas a seguir la corriente a esos aprovechados? Yo creo que la chica se la ha jugado bien y lo tiene hechizado. Las chicas de las agencias tienen habilidad para hacerte creer que te están haciendo un favor, que solo tienen ojos para ti, y lo que tú tomas por un pequeño milagro es una buena jugarreta. No es ninguna jugarreta, él puede pagar, está soltero, de modo que a pagar; tú tienes niñas, la hipoteca, así que estás atado de pies y manos. De todas formas, las reglas del juego son claras. Un curso de radioprotección es caro si nadie te lo costea, pero te abre puertas. En cualquier caso, yo estaba sentenciado, no me quedaba otra. ¿Tú, Bernard, qué opinas?

A Bernard no le hemos oído una palabra desde el almuerzo. Se ha pasado la tarde detrás de la casa móvil reparando su moto, una Honda FX 650 azul a su imagen y semejanza, un poco llamativa, de dimensiones modestas, flexible y manejable, con un reprís asombroso, de una resistencia a prueba de bombas, comprada de ocasión hace tres años y siempre impecable. Lo hemos visto emerger a la hora del aperitivo detrás de Daniel, el vecino, cuya autocaravana tiene aparcada al lado, nos hemos tomado algo juntos en la terraza antes de ir a sentarnos dentro para comer porque enseguida ha refrescado. Como le invitamos a venirse con nosotros,

con la excusa de ir a buscar una botella, Daniel vuelve con otras tres, más dos cajas de seis de su última estancia en el valle del Ródano, entre ellas, un DO Coteaux du Tricastin, descubro por la etiqueta que ya había viñedos en el Tricastin cinco siglos antes de Cristo, dos mil quinientos años de monocultivo de una gran reputación y el átomo que en menos de treinta años se lleva la palma.

Alrededor de la mesa, nos mantenemos unidos. La tensión aumenta, pero vuelve a disminuir enseguida. Lo que tienen que decir los demás y, claro está, tienen mucho que decir, lo dicen dirigiéndose a Bernard, que se estrena en el oficio. Ellos hablan, él escucha, ese es su papel. Para ellos, debe de ser buen público. Curioso, fácil de convencer, inclinado a entusiasmarse o indignarse, comprometido con su causa de antemano. En realidad, no le atañe. A ratos se evade. Los otros insisten. Cada uno tiene su estilo a la hora de escuchar. También en el discurso. Esta noche, su causa común, su tema predilecto, es la gestión de la dosis. La gestión tal como se aplica, tal como se vive, tal como se enfrentará a ella desde su primer trabajo. A medida que va anocheciendo, la discusión se estanca, algunas frases vuelven en bucle, el calor ayuda, el volumen se vuelve exangüe y abrimos las ventanas.

Dividir entre cuatro los costes de una casa móvil supone, de entrada, repartir entre cuatro individuos adultos las cinco posibilidades para acostarse previstas por el fabricante. Cocina, cuarto de baño, salón, comedor, tres habitaciones. Todo ello en un espacio vital, sobre el papel, de treinta y cuatro metros cuadrados. Al que hay que añadir una terraza de quince metros cuadrados en pino autoclave. Las especificaciones técnicas se adaptan a la clientela, la familia tipo de los meses de julio/ agosto, una pareja con dos o tres niños que abre de par en par las puertas del sector del alojamiento al aire libre y vive fuera. De modo que tres habitaciones. La primera, con una cama doble. La segunda, con una cama individual. Y la tercera, con dos camitas gemelas separadas por una mesilla de noche. Mi «gemelo» no es hablador, pero a mí me cuadra bastante. Cuando necesita estar solo, se sube a su moto y sale a dar una vuelta. Podríamos habernos burlado de él, pues su nombre, Bernard, para nosotros pertenece a la generación anterior, la de los años cincuenta, pero algo que advertimos en él nos hizo

ser prudentes al notar que se trataba de un sujeto bastante susceptible capaz de estallar en cualquier momento, así que nos abstuvimos. Antes trabajaba en grandes superficies, en la sección de charcutería. Eso nos contó. Y también habló de la granja de sus padres en el Orne. Sentados a la mesa, la primera noche nos bastaron tres frases para hacer las presentaciones. Los otros inquilinos, Fabrice y Tierry, son mecánicos-griferos y trabajan desde hace siete años para una sociedad arraigada en Toulouse. Siete años de antigüedad ya te abren muchas puertas. Pero eso no es nada comparado con los treinta de Daniel, que casi conoció la industria desde sus orígenes, con la seguridad como credo, no solo en los discursos, sino también en los presupuestos del ordenante.

De la charcutería a la energía nuclear, la conversión no es evidente –aunque no lo es más para Loïc ni para mí, en verdad venir de la fábrica choca menos–, pero basta con verlo trabajar para perder los prejuicios. Sabe tanto o más que nosotros y su trabajo es pulcro. Cuando no se ocupa de la moto, está sentado en la cama, pegada al tabique intermedio de la casa. La música en los auriculares, yo ni la oigo. Tras dos o tres días de vida en común, no volvemos a coincidir, eso alivia el peso de tanto hacinamiento. Como en la bodega de un barco o en un centro penitenciario. Nosotros, más afortunados que otros, podemos evadirnos en dirección a Burdeos o Royan. Si el hacinamiento fuerza en un principio a prestar atención al otro y a responder a la que el otro nos dedica, eso se puede resolver con bastante facilidad ignorándonos mutuamente. Mutua y sinceramente, merced a una especie de acuerdo tácito, y una cortesía en los gestos cotidianos que cuenta, en lo que a la comodidad diaria respecta, como la mejor de las complicidades. Los hay que siempre tienen algo que decir, los que no tienen nada que decir ni gran cosa que hacer, los que no hablan mucho pero no porque piensen poco, es decir, los que levantan una muralla, y Bernard es de estos últimos: nunca sabrás lo que pasa al otro lado. Alguien como él, a quien no conoces de antes y que apenas deja abierta una grieta a los demás para conocerlo, acaba siendo un compañero de cuarto ideal. Nada que recibir, nada que dar, un terreno virgen, un reencuentro que no tendrá lugar, a ese precio es posible la vida común en un cuarto de cuatro o cinco metros cuadrados.

El aire fresco circula por las ventanas abiertas y nuestras voces se propagan fuera entre las masas de sombra y los senderos señalizados. Observo a Bernard encerrado en su mutismo, a nadie le sorprende. Esta noche, sin embargo, su deseo de mantenerse siempre al margen no explica todo. Nos escucha, luego algo desvía su atención, en un movimiento oscilante, de vaivén, lucha y regresa a la realidad antes de volver a ausentarse, nos damos cuenta por cómo clava la mirada o no en un rincón cualquiera de la casa móvil o en un objeto en la mesa y de aferrarse a ello… y, cuando no tiene esa mirada perdida, cuando nos mira a uno de nosotros, sí está presente, casi demasiado presente, casi de manera algo obstinada; calculamos de cuán lejos viene, hasta qué punto le ha costado sustraerse a aquello que le quita el sueño e intensifica hora tras hora la angustia del día siguiente.

Dos días antes aún tratamos de imaginarlo. Revisamos la secuencia de gestos por miedo a habernos perdido algo. Convertimos en aliada a esa parte del cerebro que gestiona los automatismos, como cualquier animal de laboratorio, y, a la inversa, desconfiamos de la parte más profunda y primitiva que produce el miedo mortal y paraliza al conejo aterrado ante los faros. Dos días antes aún tratamos de imaginarlo, pero la víspera dejamos de imaginar, intentamos ahorrar energías. Como inmovilizaríamos un brazo o una pierna, con la cabeza: dejamos que el pensamiento fluya, ya que pensar en ello mantiene la angustia y pensar en otra cosa es imposible, vaciarnos a toda costa, durante las horas que preceden a la noche en que vamos a tener que multiplicar la vigilancia para que, una vez entregado el cuerpo al descanso, los malos pensamientos no vuelvan con más fuerza; vaciar la mente y, para eso, el cuerpo es el compañero ideal, tras cualquier ejercicio físico que le impongamos siempre que sudemos la camiseta pero sin agotarnos, ya que mañana tendrás que ser capaz de movilizar todos los recursos al alcance para estar a la altura, todos menos la angustia que se apodera de algunos. Otros solo sienten estrés, un estrés bueno, es decir, una cantidad razonable, que potencia las facultades, eso depende de cada cual.

Hace calor. Fuera, las puertas golpean. Los hombres hablan. Un motor arranca, luego un segundo, un tercero. Son las ocho y media de la tarde. A la hora del cambio de equipo, las primeras salidas

siempre preceden a los primeros regresos, porque la continuidad de allí no debe ser interrumpida. Luego vuelve el silencio. El tiempo aquí es el tiempo de la central que funciona día y noche. Y los hombres giran a su alrededor las veinticuatro horas a razón de ocho horas cada uno, y nada parece que deba ralentizar este ritmo que es el ritmo mismo del tiempo sacado de su fuente, el tiempo de referencia de los relojes atómicos sobre el que se construye el tiempo legal. Mientras la materia desgrana los segundos, los contratistas se relevan bajo la cúpula del edificio reactor, y los encargados más lejos en la sala de máquinas o tras las pantallas de control, los unos nómadas, los otros sedentarios, los que reciben las dosis y los que organizan, con una relación a menudo complicada entre ambos grupos.

14

La central. Tenerla ahí, ante los ojos, tan imponente, cuando objetivamente no hay nada de excepcional en sus dimensiones, no nos lo esperábamos. Apagué el motor. Loïc abrió la puerta. El aire era suave, había llovido. Nos dejamos caer allí solo por reconocer el terreno, por estar a pie de obra el lunes por la mañana en nuestro automatismo; por ver también las aguas del estuario, como quien va a contemplar el mar en cuanto llega, allí donde esté, después de cinco o seis horas de trayecto, anteponiendo cualquier motivo a otros, buenos o malos, por los que se haya iniciado el viaje; como el mar está ahí, pues primero va uno a verlo y luego se organiza: el mar allí, el estuario aquí. Organizarse consiste en encontrar la agencia de trabajo temporal y un cuarto para pasar la noche. Y, en segundo lugar, un alojamiento hasta el final del encargo, que llaman «contrato de obra».

En la primera rotonda, la que te desvía de la entrada al pueblo y te pilla por sorpresa, la decisión, seguir el cartel o internarse en la calle principal, tienes unos segundos para tomarla que se descuentan en grados y minutos del ángulo de rotación: central EDF, caracteres azul regio sobre fondo blanco, el tiempo apenas de dejar el campo y ya estás de nuevo en el campo, pero cambio de rumbo, esta vez hacia el sur a través de los pantanos secos y los maizales, el cielo oscuro, oscuro como un cielo de verano cuando está oscuro, por culpa de la luz pese a todo y de los contrastes de color, un cielo de Irlanda o de monzón más que de tormenta, porque no había ninguna tensión en la atmósfera.

Cinco kilómetros. Es la distancia que separa la central del pueblo –y viceversa– en caso de accidente. Aún no la veíamos, pero sabíamos que estaba allí. Manteníamos el rumbo. Con una simple idea al salir, encontrar empleo para una temporada o dos, bien pagado. Yo había calculado, de Lorient al Blayais, cuatrocientos setenta kilómetros de un punto a otro por la autovía y la autopista A10, haciendo turnos, al cabo de unas horas, olvidaríamos que

todos los trayectos tienen un final que parece improbable a medida que se acumulan los kilómetros y se va instalando la rutina, pero un final. Sabíamos que estaba allí, en algún lugar situado detrás de los maizales, integrada en el paisaje, la viva imagen de la discreción. Mientras que los ríos necesitan torres de refrigeración para reducir el impacto en su ecosistema, aquí, nada por el estilo, un perfil bajo en una región llana, el estuario de Gironda y el mar son anchos de hombros, donde se vierte directamente el agua tibia sobrante. Esta ubicación de la central no es una elección fortuita, el pliego de condiciones de los ingenieros no ha cambiado desde los años sesenta: una ciudad mediana situada a distancia razonable de una gran área metropolitana, si es posible, a sotavento de dicha urbe –según los vientos dominantes– y no al revés, a orillas del mar o de un río, con poco riesgo sísmico. En el Blayais, Burdeos, los pantanos y las aguas del estuario de Gironda. Una ubicación ideal. Por lo menos, sobre el papel.

Llegas, coges la rotonda. Antes incluso de entrar, ya estás saliendo del pueblo. Las últimas casas, los últimos árboles y, de golpe, al girar una curva, las tienes delante, gigantescas, contrastan, carcasas negras, abriendo las patas y los brazos metálicos, sobre el gris del cielo y el verde del maíz, el ejército de postes eléctricos, cuatro hileras de frente. Todavía no los ves. El cielo está oscuro. No hay más tensión en la atmósfera que los 400.000 voltios de los cables de alta tensión. Se dice de algunos espacios que son naturales. ¿Qué es lo que rompe un espacio natural? El estuario, el acantilado muerto, el pantano. El acantilado como testimonio de una antigua línea de costa perdida en el interior de las tierras. ¿Acaso las viviendas cavernícolas del acantilado –el rastro de esas viviendas– rompen el espacio natural? ¿Y el viñedo, los canales, hasta los vestigios del bosquecillo a medio desmantelar? ¿Dónde comienza, dónde acaba el espacio? Aquí en concreto, no hay nada de natural, aparte de los bancos de arena en medio del río, creo. La mano del hombre está por todas partes. En este paisaje moldeado por completo, pero que todavía se abre por naturaleza desmesuradamente en horizontal, con tan pocas referencias verticales que los postes no chocan, ahí clavados, y sus cabezas plantadas a treinta y cinco metros del suelo por encima de los armazones metálicos le aportan escala. Continuar el camino. Si no fuera porque la carretera regional termina precisamente aquí, sin

salida, en el parking de la central. No se puede ir más lejos, pero puedes dar media vuelta y coger la carretera en sentido contrario a través de los pantanos hasta llegar al pueblo, cosa que hace la mayoría de gente que acaba aquí por casualidad. En lugar de eso, aparqué el coche, apagué el motor. Loïc abrió la portezuela. Y con el cuerpo medio asomado por el hueco, la cabeza girada en dirección opuesta a las instalaciones como para concentrarse mejor, me hizo una seña. Escucha.

Aquello que en un primer momento había tomado por silencio y no lo era. Alrededor de unas doscientas hectáreas de terreno vallado. Tardaremos menos de una hora en verlo todo. Nada de gigantismo. Un plano simple, riguroso. Y, por todas partes, espacios libres y distancias reglamentarias entre edificios. Impenetrable, indestructible. La central. No es una cuestión de tamaño. En otras industrias como la petrolera o la del acero se han hecho cosas aún más impresionantes. Está el hormigón, pero es solo eso. El hormigón, en su uso militar, puede resistir fuerzas físicas excepcionales, pero también en el uso que se le da en radioprotección, estanqueidad y aislamiento, estanqueidad obligatoria del recinto del edificio reactor, microfisuras y porosidad del hormigón vigiladas de cerca. Nada espectacular. Quien no la conoce pasa de largo. Una instalación industrial más, que destaca sobre el azul o se funde en el gris del cielo, no ven otra cosa. Con un ruido bajo, continuo, de fondo sonoro día y noche, que imaginamos no ha de cesar hasta la parada completa de la central, pero del que no cobramos consciencia de inmediato. Rodeándolo todo, los pantanos. Terrenos cultivados, otros restaurados como zonas húmedas en el trayecto de las aves migratorias y clasificados como pertenecientes a la reserva (de caza u ornitológica). De resultas de esta visión desconectada ante sí, de la extensión de las instalaciones, de la longitud del río, etcétera, por culpa de esta impresión de espacio, por un estrambótico choque, una sensación de silencio. También por culpa del peso. Del contraste. Entre estos espacios vacíos y la masa tangible de hormigón por millares de toneladas. Un ruido bajo de baja intensidad que cualquier otro sonido tapa sin problemas, el viento entre los árboles, los escasos vehículos de paso, hasta las voces de los pescadores a orillas del estanque, y que se disuelve muy rápido; cuando caminas a lo largo del dique, te imaginas que procede de las estaciones de bombeo,

pero lo cierto es que no.

De una central a otra, el número de bloques varía, pero el plano tipo se respeta: un torreón cilíndrico rematado por una cúpula con las casamatas de los edificios auxiliares como anexos, todo de hormigón visto. Y en su prolongación, una construcción más estándar en carpintería metálica, cubierta por un revestimiento pintado de colores claros, blanco, gris, crema. Este esquema puede duplicarse tantas veces como se quiera. En fila, el edificio reactor, los edificios auxiliares, y bajo el revestimiento doble con aislamiento acústico, el vestíbulo de la sala de máquinas del tamaño de un vestíbulo de estación ferroviaria –y el ruido ensordecedor del turboalternador al entrar–. El conjunto constituye un bloque. En el Blayais hay cuatro, dispuestos en paralelo, perpendiculares al dique, con las estaciones de bombeo delante y, detrás, el arranque de las líneas de alta tensión. Cuatro cúpulas, cuatro unidades de producción, está inscrito en la entrada en el cartel de bienvenida: «EDF, centro de producción nuclear del Blayais, 4 bloques de 900 megavatios».

Impenetrable, indestructible. Y lo que el hermetismo exterior interpreta del interior. Seduce. Digamos que puede seducir. Por lo que opera en el corazón del reactor en el ensamblaje minucioso de las pastillas de uranio, la fisión nuclear, de principio tan simple. Por lo que dice, principalmente, de la maestría adquirida por el ser humano en lo relativo a las leyes de la materia y la manera de liberar su energía. Una energía colosal, contenida, todo está ahí, en un confinamiento que solo necesita ser truncado para darlo todo. En la sala de control, un encargado pulsa el freno. Varios frenos a disposición. Unas cuantas variantes de un solo principio, el de la absorción de neutrones.

Lo que opera en el corazón del reactor ejemplifica la famosa ecuación de Einstein, $E = mc^2$, que confronta, en una relación constante, energía y masa, dos cosas que de entrada no tendrían que estar relacionadas, la una determinada como proporcional a la otra, teniendo en cuenta que es cierto que nada desaparece, sino que se transforma. Un neutrón libre choca contra un átomo. Para ser más exactos, un átomo pesado, de uranio o plutonio, atrapa en el seno de su núcleo un neutrón libre. El núcleo se vuelve inestable, se escinde en dos y libera dos o tres neutrones. Al perder masa, su fisión desprende energía. A escala atómica, es una energía considerable. A nuestra escala, no lo es hasta que entra en juego por el principio mismo de la fisión nuclear, que dicta que, una vez iniciada, la reacción se propaga a millones de átomos en cuestión de fracciones de segundo. ¿La sensación del hombre que comprende esto, que sabe que es el primero en la historia de los hombres en comprenderlo? ¿La sensación de este hombre, en este caso una mujer, Lise Meitner, refugiada en Noruega en 1940, en el instante en que alumbró la idea que supo que era la buena, de un alcance inimaginable, sin parangón con todo cuanto se hubiera descubierto hasta la fecha? En la sala de control, un encargado pulsa el freno. Dos, cuatro, ocho neutrones liberados, y la reacción se desboca. La idea: no dejar libre más que uno y absorber a los demás. Esta es la energía nuclear civil. El ronroneo de una caldera. Un neutrón, una fisión. Una fisión, un neutrón. En medio, el moderador: grafito, agua ligera o agua pesada –en los años ochenta, los rusos daban preferencia al grafito–. Y las barras de control: boro, cadmio. Absorbentes de neutrones.

Las barras son móviles. En posición baja, se sumergen en el corazón de los ensamblajes de combustible cuya reactividad disminuye hasta detenerse por completo. En posición alta, el reactor funciona a pleno rendimiento. Entre uno y otro extremo, los encargados de conducción ajustan la potencia según la necesidad de suministro de la red eléctrica. Existen dos mecanismos de

protección. El primero impide que suban todas las barras de control para evitar que el sistema se desboque. El segundo provoca automáticamente que caigan en circunstancias anormales (de temperatura o de presión, por ejemplo).

El 25 de abril de 1986, en la central nuclear Lenin, a orillas del río Prípiat, en Ucrania, quince kilómetros al noroeste de Chernóbil, doscientas once barras de control están a disposición de operarios, técnicos, capataces y del jefe de ingenieros que dirigen la parada del bloque número cuatro. Es una parada ordinaria para realizar trabajos de mantenimiento. El reactor es de tipo RBMK, una cadena de agua hirviente controlada por el grafito, desarrollado por la Unión Soviética y explotado únicamente al este del telón de acero. Gracias a esta cadena, el combustible puede descargarse y recargarse a lo largo de todo el año. Por su parte, en Occidente, las mismas operaciones deben ir precedidas de una parada completa del reactor. El vaciado de combustible usado permite extraer ciertos productos de fisión reciclables como el plutonio 239. La superioridad de la tecnología radica en poder satisfacer a la vez las necesidades de la población civil con energía eléctrica y las de su ejército con plutonio de calidad militar extraída a pocas horas del pedido. Esta ventaja tiene inconvenientes en cuanto a la seguridad. Los reactores RBMK tienen fama de inestables a baja potencia. Y, en caso de accidente, la ausencia de cuba alrededor del combustible y de recinto hermético alrededor del reactor priva a la población de confiar en la estanqueidad de las materias radiactivas.

El procedimiento de parada de bloque se inicia el viernes 25 de abril por la mañana. Esta reducción programada, por etapas, de la potencia del reactor antes de su parada absoluta, se aprovechará para hacer una prueba de aislamiento. El objetivo es simular una pérdida de alimentación eléctrica. Se verificará que la inercia de la turbina permite alimentar los sistemas de protección, hasta que tomen el relevo los motores diésel de emergencia. El protocolo de la prueba se redactó deprisa y corriendo, sin el rigor necesario, se firmó y se refrendó del mismo modo, y se transmitió siguiendo el orden jerárquico a los equipos encargados de ponerlo en marcha. En una conversación telefónica registrada la víspera del accidente, un operario se dirige a uno de sus colegas y se sorprende: «Aquí, en el protocolo, se dice cómo proceder y, acto seguido, veo que se han

tachado pasajes importantes, ¿qué hago?». Silencio. Respuesta de su colega: «Proceda según lo suprimido».

Tras una mañana de bajada progresiva de carga por inserción automática de las barras de control, se alcanza una primera etapa a las 13 horas. En ese mismo instante, el distribuidor de Kiev debe hacer frente a una necesidad creciente de corriente en la red local y pide al director de la central que interrumpa la bajada de carga. Su petición es contraria al procedimiento, pero se acepta. El reactor tendrá que funcionar a media potencia durante más de diez horas. Este régimen anormal de funcionamiento libera en los reactores de tipo RBMK una gran cantidad de xenón, un gas raro que tiene la particularidad de captar los neutrones y hacer caer la reactividad. A las 23 horas 10 minutos, cuando los encargados de conducción reanudan el procedimiento, el exceso de xenón provoca un desplome brutal de la potencia. En ese estadio, debería abandonarse la prueba de aislamiento, pues el reactor ya no libera la energía necesaria. Pero el responsable decide llevar a cabo el test. Se da orden a los operarios de que pasen al modo manual y de actuar a la inversa de lo que se ha estado haciendo las últimas veinte horas, es decir, deben volver a subir las barras de control para reactivar la reacción en cadena. Un dispositivo de seguridad bloquea la subida de las treinta últimas barras. Dicho dispositivo está desconectado, al igual que los mecanismos automáticos de alarma y de parada de emergencia. De treinta barras, se pasa a veinte, luego a doce, luego a seis. El nivel de potencia aumenta. Pero el reactor se ha vuelto muy inestable y los operarios deben realizar ajustes cada pocos segundos. Un jefe de equipo exige que se detenga la prueba en curso, el jefe de ingenieros se niega. A las 1 horas 22 minutos, la continuación de la prueba provoca un nuevo desplome de la potencia, suben las últimas barras de control. A las 1 horas 23 minutos, una primera explosión seguida de otra hace saltar por los aires las mil toneladas de la cubierta del reactor. La tapa cae en vertical y deja el reactor expuesto al aire libre. La afluencia de oxígeno inflama el grafito. Sobre los edificios adyacentes caen combustible, componentes del núcleo y piezas de la estructura, y una nube de humo y de vapor de agua cargada de radionucleidos se eleva hasta ocho kilómetros por la atmósfera. Rápidamente, los componentes más ligeros, incluidos productos de fisión y prácticamente todo el inventario de gases raros, son transportados

por los vientos dominantes en dirección noroeste. A finales de abril de 1986, el anticiclón se ha instalado en Europa. Hace buen tiempo y calor en los últimos días y, en el joven pueblo de Prípiat, a tres kilómetros de la central, duermen hombres y mujeres con la ventana abierta que se despiertan por las explosiones, algunos se disponen a levantarse, pero se detienen, el silencio vuelve enseguida, son las 1 horas 25 minutos.

16

Ha escrito la ecuación sin torcerse para nada. La ha escrito con los hombros y las piernas de perfil a la pizarra, sin quitarnos ojo de encima. Como para asegurarse de que la seguimos. O quizá no tanto para asegurarse como para convencernos de que podemos hacerlo, unirnos y caminar detrás de ella, que aquí tampoco hay tanto misterio ni es tan impenetrable. La fisión inducida del uranio 235 produce dos radionucleidos de masa atómica media. Aquí tenemos estroncio 94 y xenón 140, pero existen docenas de productos de fisión de uranio 235, cada uno con una probabilidad mayor o menor de ser emitido. Entre los más probables están los isótopos radiactivos de gases raros, kriptón o xenón, y aerosoles como el yodo, el cesio y el estroncio que, en caso de accidente, pueden ser transportados largas distancias por la atmósfera, combinarse químicamente y entrar en la cadena alimentaria. El cesio, cuyo metabolismo es calcado al del potasio, se encuentra en los nervios y en los músculos. El estroncio y el radio se comportan como el calcio y se concentran en los huesos. En cuanto al yodo, independientemente de la vía de contaminación, por ingestión o inhalación, migra rápidamente hacia la tiroides. Una de las medidas de protección consiste en administrar rápidamente yodo estable por vía oral –tabletas de comprimidos de yoduro de potasio– que satura la glándula tiroidea e impide la fijación del yodo radiactivo.

El aula está iluminada gracias a unas grandes ventanas y las mesas de trabajo dispuestas en tres hileras. Está ahí, delante de nosotros. En pantalón de hilo, zapatos de vestir y polo rojo a rayas negras con los colores del Stade Toulousain. Por su envergadura de delantero y su velocidad al hablar, catorce hombres observan sus gestos mientras se montan su propia película, interesados de entrada en el personaje, y el resto está hecho –el interés por lo que cuenta–, imagino que es consciente de ello. Ha llegado a la hora, ha dejado sobre la mesa los documentos que después nos repartirá, se ha presentado, no ha pedido que lo hagamos nosotros, conoce el perfil del candidato al puesto nuclear y también lo que exige de él

el reglamento EDF en cuanto a la formación inicial o continua que ha de transmitirnos, la mirada perdida, los fenómenos por venir, eso le gustaría hacernos atisbar, para que nos hagamos una idea de la importancia de las normas y de los procedimientos.

El centro de formación está situado en la segunda planta de un edificio de los años setenta que alberga los servicios administrativos. Las ventanas se abren al oeste, hacia la reserva ornitológica, sin otra vista que la torre de observación. Los visitantes aparcan al pie, suben y se marchan, una especie de torreón de madera construido a un tiro de piedra de la alambrada que rodea el recinto, y nada en su actitud deja suponer que se interesen por ese enclave en el paisaje que constituye la central, igual que saben abstraerse del ruido permanente pero ensordecedor –y, de hecho, difícilmente identificable– de los turboalternadores tras el canto de los pájaros. En cuanto a nosotros, sentados a la mesa, mientras al otro lado de la valla la gente va y viene y levanta un muro entre ellos y nosotros para no echar a perder el panorama, podemos tener de vez en cuando la sensación de una vida al otro lado que no es la nuestra, de un mundo exterior que sigue su curso, al que, cuando salgamos de aquí dentro de equis años de carrera, quizá no podamos adaptarnos. A menos que ingreses en el sector nuclear como quien profesa una religión. A menos que seas tocado por su gracia. En los años setenta, los ingenieros del programa electronuclear francés tuvieron esa ambición, equipar el país con doscientos reactores (luego la cifra se revisó a la baja). Físicos y geólogos recorrieron Francia.

Está ahí, ante nosotros, como los que le precedieron, algo lo anima, más que una convicción, un entusiasmo comunicativo, se dirige al curioso que todos tenemos dentro, capaz de compartir ese impulso. La cosa es que funciona. Nos enganchamos todos. Algunos con más facilidad que otros, pero en general pasa algo de él a nosotros, algo que circula por la sala nos transmite su pasión y la ilusión de estar hechos a partir del mismo modelo de un hombre ávido de comprender que disfruta de los progresos de la tecnología y de la supremacía que esta le brinda sobre la naturaleza.

En la pausa de las diez y media, ante la máquina de café, alguien le hace la pregunta. Sobre la piscina: el color del agua de la piscina.

Un azul intenso, casi sobrenatural, que sin embargo no debe nada a la ciencia y no toma prestado nada de la ficción, el azul del cielo sobre alcazabas, iluminado, transfigurado por dentro, un azul inventado por un artista y después patentado bajo su fórmula química, pero con una transparencia y un esplendor que solo la naturaleza en lo que tiene de más íntimo es capaz de hacer sensible a nuestra vista, y por eso, ciertas partículas en el agua superan en rapidez el récord de la luz. Antes de vaciar y recargar los ensamblajes de uranio, se llena la piscina con una solución de agua borada, una barrera de buena calidad y poco costosa contra las radiaciones. ¿Acaso el boro provoca una coloración del agua? No. Del mismo modo, las paredes de hormigón de la piscina están cubiertas por un revestimiento estanco, pero dicho revestimiento está hecho de placas de acero inoxidable, cosa que, en última instancia, podría traducirse, a la luz de los proyectores submarinos en un tinte gris metalizado. ¿Azul, entonces? ¿Por qué un azul tanto más intenso cuanto mayor es la tasa de radiactividad alrededor de la cuba? En el interior se frena la reacción de fisión. El núcleo se enfría. Pero los radionucleidos continúan desintegrándose y emitiendo radiaciones. Entre otras partículas cargadas de una energía muy intensa que atraviesan las paredes de la cuba e interactúan con el agua de la piscina a una velocidad superior a la velocidad de la luz en el agua (inferior, sin embargo, a la velocidad de la luz en el vacío). Se origina en el trayecto de esas partículas un fenómeno luminoso equivalente al fenómeno sonoro que se produce cuando se atraviesa la barrera del sonido. La perturbación crea una onda de choque. En el aire, es el estallido característico de los motores supersónicos. En el agua, un fogonazo de luz en las frecuencias del azul y el ultravioleta. En la pausa de las diez y media, alguien hace la pregunta –un individuo como nosotros, que ya ha trabajado bajo la cúpula del edificio del reactor y se asombra–. Le dan a la respuesta la única respuesta posible, sin ceder nada a lo esencial, ese color, esos fogonazos de luz que volvemos a ver que producen unas partículas cósmicas en el humor vítreo de los astronautas, es el efecto Cherenkov. Azul. El auténtico color de la energía nuclear. Que no es, por tanto, ni el amarillo de las fuentes radiactivas, ni el rojo estudiado por las instancias internacionales para sustituir al amarillo.

17

Está de pie al borde de la piscina, vacía. Está de pie con el traje estanco, la escafandra ventilada y máscara de gas bajo la escafandra, incapaz de dar el paso que le permitiría agarrarse a la baranda, girar y, a continuación, colocar la bota derecha de caucho blanco y suela moscada sobre el primer barrote de la escalerilla, con mucho cuidado de no enrollar ni torcer el cordón de alimentación, un error que cortaría en seco la llegada de aire en el peor momento, una vez hollado el fondo de la piscina; por el momento, en caso de emergencia o por un acto impulsivo, aún puede reaccionar, quitarse la escafandra y la máscara y respirar libremente, pero quince metros más abajo, un hombre sin equipo completo de protección lo único que puede respirar son los gases y aerosoles radiactivos liberados por las paredes, tritio, cobalto, cesio, etcétera. Oye la voz a su espalda, a través de la escafandra, que le ordena por segunda vez que baje. No reacciona. Sigue de pie, paralizado, sin pensamiento, sin conflicto interior. Ante él, la piscina. El foso abierto de un sarcófago de hormigón vacío. Bajo el material de mantenimiento pintado en amarillo, puente-grúa, cabestrantes y mástiles de elevación, ya no la superficie inquietante y lisa del agua animada por una luz interior, ya no esa agua que te tiende la mano, cuyo encanto radica solo en la magia de su color y disipa dudas y temores, sino un foso vacío y gris en su revestimiento estanco. No puede bajar. Sabe que no podrá. No lo sabe a la manera de los bípedos dotados de lenguaje y entendimiento, sino por instinto. Es una rebelión en masa de todo el cuerpo contra la voluntad, si es que la voluntad puede opinar algo desde el momento en que ha entrado aquí. La voz es la del jefe de equipo, la identifica, que intenta hacerlo entrar en razón. Los hombres de la primera tanda ya han recibido su dosis. Ahora les toca a ellos, a Bernard y a sus colegas que esperan el comienzo de la intervención vestidos como él con el traje de Mururoa, porque no queda otra, listos para meterse, impacientes por no haber acabado ya para quitárselo. Un hombre se le adelanta, seguido de un segundo, etcétera, lentamente, con precaución, empiezan a descender.

Algunos confiesan que no se esperaban aquella reacción por su parte. Por lo que habían visto durante la instrucción, era un tipo fuerte. De esos que no se deja llevar con facilidad, con resistencia física y mental. Así que ningún motivo para desconfiar, porque entonces habría que desconfiar de todo el mundo. Otros dirán que no los sorprendió. Que lo supieron en cuanto cruzó la última puerta de control. De camino al reactor, dos vestuarios. En el primero, dejamos nuestra ropa. En el segundo, nos ponemos el traje. Entre uno y otro, una esclusa. Simbólica y prácticamente, marca el paso a una zona controlada. En la esclusa, para quienes no lo hubieran comprendido antes, la cosa queda clara. En la esclusa sucede algo –en otro contexto, se diría que sucede la magia–, la tensión sube un nivel. Es la primera vez y ya uno se jura a sí mismo que será la última. Muchos deben superar eso, la decisión tomada en caliente de no volver a experimentarlo, si quieren poder avanzar y atravesar el obstáculo.

Desde el vestuario frío lo sabían, cuando lo han visto llegar, desvestirse y doblar sus cosas, hacer la cola para cambiar la llave de su taquilla por un dosímetro, cruzar la esclusa dosímetro en mano, esperar su turno sin pronunciar palabra en la sala adyacente a la que llaman vestuario caliente, ponerse el traje que le tendían, algunos recuerdan haber querido comentar algo con él, lo justo para acordar una consigna o prestar alguna ayuda –nos ayudamos mutuamente a ponernos los guantes y la escafandra–, sin lograrlo. Cuando se quisieron dar cuenta, ya se había ido. Nada podía solucionarse a posteriori. Un reactor es impresionante. Cuando entras por primera vez en la inmensa cúpula, bajo la luz artificial y el aire acondicionado permanente, no sabes dónde está el peligro, observas a los participantes de blanco, el agua azul de la piscina y el puente-grúa amarillo chillón que se desliza y se para en la vertical de la cuba de acero inoxidable, porque se dice que es ahí donde pasa todo, o, precisamente, no pasa nada, unos hombres caminan por el puente-grúa y se asoman.

Espera al borde de la piscina, vacía. Observa a los hombres de abajo. De rodillas, con cepillo y fregona, limpian la losa, hombres de blanco como él y con escafandra ventilada encargados de reducir la contaminación; después de bajar, se ponen manos a la obra, unos metros cuadrados cada uno, tanto en el recuento de superficies como en el cálculo de dosis, esa dosis colectiva teórica que se debe

repartir entre los participantes, basta que uno de ellos falte, que reste una unidad en el denominador, y las cuentas no salen. Una mano lo cogió por el brazo y lo apartó. A partir de ese momento, se encargaron de él. En dirección a la salida. Fuera, era mediodía y, para el guardia tras el cristal, la hora de menor actividad.

Cuando vuelve por la noche –tarde– al camping, todos estamos al corriente. El rumor le precede, fiable, según nuestras fuentes y por cómo coinciden los testimonios. Para él, la aventura en el sector nuclear acaba aquí. No dice nada. Va a tumbarse a su habitación, con la música en los auriculares. Cuesta resistirse a las ganas de saber más y de primera mano, pero hoy no vamos a embarcarnos en una conversación que hemos podido evitar tres noches seguidas. Así que ahí nos quedamos, nosotros con nuestras ansias, él con sus pensamientos, pero ni siquiera su atrincheramiento ocupará el centro de nuestras preocupaciones por mucho tiempo, es cuestión de horas, como mucho de uno o dos días, lo justo para que la actualidad siempre rica de una parada de bloque reanude su curso. Dos días después, cuando hace su equipaje, tengo cargo de conciencia. Estamos solos. Haría falta una frase, la buena, la oportuna. Me conformo con seguirlo fuera bajo el toldo donde está aparcada la moto y mirarlo hacer. Al final, solo un papel con mi dirección en Lorient, por si acaso.

Durante los días de instrucción en la escuela de la central los hombres aprenden a conocerse, y la perspectiva de entrar en zona controlada forma filas. Reina una especie de complicidad, hay quien lo llamaría solidaridad, pero en ese momento no se trata de gestos solidarios, más tarde se verá de qué es capaz cada cual. Falta juzgarse y medirse también allí abajo, los que saben que pronto tendrán que trabajar juntos, la capacidad que imaginamos al otro de mantener la cabeza fría en caso de revés, el que habla alto o al que nunca se le oye, cada cual se forja su propia opinión, hasta el día de la prueba, sorprendentemente, para bien o para mal, raramente queda uno decepcionado. Intervenís mañana. Ya os sabéis los gestos. Gestos simples que rehaces mentalmente, ya os lo han dicho: la dificultad no está en el gesto. Algunos no lo captan aún y fanfarronean, los demás son como tú, serios, discretos. Tristes con traje blanco de astronauta.

Intervenimos en el circuito primario. Cada uno sabe lo que tiene que hacer. Y para los que tengan tendencia a olvidarse, a perder de vista lo esencial, un toque de atención tantas veces como sean necesarias, para activar bien los reflejos, en primer lugar la rapidez de ejecución, a modo de recordatorio, como un leitmotiv, para después poder entretenerse en la perfección de los gestos, la carrera contrarreloj, estilo preparación deportiva: estáis entrando en zona controlada. Tengo la señal delante. Antes incluso de ponerme el traje ya tengo calor. Lo sabía. Sabía todo esto. Pero saberlo por otros –lo que se escribe, lo que se ve, lo que se dice– no es experimentarlo. Te desvistes. Te quedas en calzoncillos. Ahí empieza la experiencia. De pie en calzoncillos ante los chicos de radioprotección, individuos como nosotros, ahí lo entiendes, en calzoncillos como un niño en la consulta médica, sin saber dónde poner las manos y con el moreno de albañil, y ellos enfrente, todos subcontratados, que no valen más ni cobran más que tú. Estáis entrando en zona controlada. Dos vestuarios. Civaux es igual que cualquier otro sitio. Civaux le fue mal a Loïc. Tenemos los mismos horarios pero no formamos equipo. A finales de la primera semana, zafarrancho de combate, están listos para llenar de agua la piscina, esperan después de nosotros (somos los chicos de los generadores). Cuatro generadores de vapor van conectados al reactor a través del circuito primario, en cada generador los equipos se relevan en tres turnos de ocho horas, tres hombres por equipo, es la norma. Nuestra misión, colocar las placas de estanqueidad. Una línea en el protocolo de parada de bloque, pero, a la más mínima preocupación, se detiene toda la central, y ya sabemos cómo reaccionaría el operador por ese retraso de apenas media jornada. En el de Loïc, generador 2, por decisión del jefe de equipo, es él quien entra primero. Dentro de los depósitos de agua, la tasa de dosis es elevada, nos han preparado el terreno, nos han puesto plomo, pero sigue siendo angustioso. Loïc coge la placa. Un tornillo, dos tornillos, encaja. El tercero se bloquea. El cuarto, lo mismo. Sale. No entiende nada bajo la escafandra. Dice: no encaja, ya llevo lo mío, acabad sin mí. Y los deja ahí plantados. Que el jefe de equipo recuerde, no es nada habitual que un tipo abandone el barco en mitad de su intervención. Entiendo a sus colegas, cabreados, al límite. Faltaban tres por entrar. Tres para una dosis colectiva que repartir casi equitativamente: si uno falla, cambia todo, dos en lugar de tres no es lo mismo.

A la hora del cambio de turno, la información se propaga al albur de los reemplazos, en cada etapa de esta larga caminata hasta la salida –esclusa, vestuarios, puertas de control–, que algunos días, con la caminata inversa que va del parking a la zona de intervención, es más de la mitad del tiempo de trabajo. A la hora del cambio de turno y no antes. Antes estás en aislamiento al fondo del búnker, el mundo podría desmoronarse y tú no te darías cuenta, el mundo destruido y nosotros a resguardo, ironías de la historia, tras el recinto hermético que debía protegerlo. Circula una información que en un principio me tomo como eso, como una información. Y después, de golpe, como un rumor del que tengo derecho a desconfiar. Los hechos. Y solo en un segundo momento, a propósito del personaje principal, un nombre. Los hechos, desde la esclusa de salida del reactor; pero su nombre, solo a la salida del vestuario caliente, en la cola de espera. Para todos aquellos que no le pueden poner cara, que salga así del anonimato no cambia nada, hablan, aquí hablamos de todo, en los vestuarios, a la entrada del parking, hasta en las filas de la cantina, ya sé lo que van a decir, pero no quiero escucharlos, porque yo tengo que decir otra cosa, pues yo sí conozco a ese tipo. De camino a la estación, hasta el último momento, espero que reaccione, en vano. Nos quedaremos ahí. Fin del trabajo en Civaux. Para él, rumbo a Saint-Laurent, las torres de refrigeración.

18

Paraje de La Rive. De entrada, casas pegadas al acantilado y como aplastadas por su propio peso y, delante, las dos zonas del puerto, la dársena y el atracadero, la primera cerrada por una esclusa, el antepuerto abierto al canal y padeciendo igual que este el encenagamiento progresivo de la encalladura de embarcaciones y de pontones, o las doscientas plazas de fondeo baratas para los que no pueden permitirse amarrar en Royan, y, al fondo del canal, tras una hilera de juncos, el estuario. De ahí hasta el mar, una treintena de kilómetros. Pero en las aguas de Gironda, viento en contra, ¿cuántas horas? Y, a la vuelta, ¿tener que remontarlo a contracorriente? Olvídate de la salida del domingo. Salvo para las embarcaciones de fondo plano y las barquitas de pesca que recorren el estuario sin cruzar jamás Cordouan, para el resto, atravesar Gironda no es más que una etapa, la primera, a principios de temporada, como para calentar o despejarse, que permite llegar a la costa, un rito de paso, de las aguas salobres al agua clara y fría del Atlántico, y, a la vuelta, unas semanas o unos meses más tarde para la temporada de lluvias, Mortagne-surGironde, plantada en lo alto del acantilado desde hace siglos, y, a sus pies, el paraje de La Rive, el puerto, los silos y el astillero.

Se ve que el Dordoña y el Garona no se unen en la lengua de tierra de Ambès. Que hasta la desembocadura, el río Dordoña sigue discurriendo al norte, a lo largo de la margen norte del estuario, y el río Garona por la sur, separados por relieves submarinos. Sin embargo, a simple vista, las aguas se confunden, igual de fangosas. Doce meses al año, es una sopa color café con leche más o menos consistente, moldeada por la luz y las corrientes, que casi dan ganas de tomársela, aunque no de bañarse en ella, eso cuesta, casi parece contra natura, precisamente por ese algo que tiene el aspecto del agua y por la asociación que hace el cerebro con un producto comestible, no apetece sumergirse en ella ni navegar por ella.

Aparqué el coche en el puerto y bajé hasta Gironda por el

camino de sirga, a tres kilómetros escasos de ida y vuelta. Aquella mañana llovía en la Côte Sauvage, los vientos de poniente barrían la playa y el mar. En el tiempo que tardo en almorzar en Royan y volver a subir en dirección al Blayais atravesando Saint-Georges-de-Didonne y Talmont por la carretera turística, a la altura de Mortagne, la perturbación ya ha pasado. El pueblo está construido sobre un saliente del altiplano. En otros tiempos, las olas socavaban la base del acantilado. Hoy en día, los prados húmedos contrastan con las aguas argentinas a lo lejos y, todavía más lejos, con las tierras sombrías del Médoc, y el paisaje inmerso en esa particular luz sin parangón del estuario. Tallada en la roca calcárea, en forma de horquilla, la calle principal une la zona alta del pueblo con la baja. Aparcamos en batería a lo largo del muelle. La marina seca está a doscientos metros. Es una zona extensa de almacenamiento de barcos en tierra firme. Reposan ahí, sostenidos por basadas de acero galvanizado o sobre sus puntales, como grandes cetáceos, y unos tipos las cuidan, se preocupan de su longevidad y a menudo las rodean y las admiran desde todos los ángulos o las acarician para apreciar por el tacto la calidad del trabajo, obreros a los que pagan por esto, u otros que vienen como aficionados y alquilan un sitio con la garantía de tener material a disposición y siempre alguien cerca para echarte una mano o poner su granito de arena sobre la mejor manera de actuar. Algunos trabajan siete días a la semana durante dos o tres años, echan su barco al agua y no se los vuelve a ver. Otros nunca llegarán a cumplir su objetivo, lo que les gusta es el ambiente de aquí y la idea de tener un sueño en perspectiva. Mantenimiento, carenado, trabajos de reparación, la lista de servicios colgada en la entrada es larga. Hay vacantes dos puestos de escolta. Yo no tengo perfil de jefe, más bien de miembro de equipo (se valorarán conocimientos de mecánica y electrónica). El velero mide trece metros, está atracado en SaintCyprien, en el Mediterráneo, y hay que escoltarlo hasta Kiel, en el mar Báltico. Hay dos maneras de salir del Mediterráneo: bordear España o el Canal del Mediodía –a partir de Langon, pasadas las esclusas, el Garona se vuelve navegable, sigue su curso atravesando Burdeos hasta encontrarse con la lengua de tierra de Ambès–.

Las aguas fangosas de Gironda, como las del Ganges, margen norte o margen sur, Dordoña o Garona, poco importa, no se distinguen uno del otro, o solo en corrientes distintas y crecidas

aquí y allá, una especie de chapoteo insistente y ruidoso de quien fuerza su motor fuera borda con el viento y la marea en contra. Corren uno al lado del otro, codo con codo, mezclados por completo, y suman fuerzas, con un rosario de islas en medio, dos almas en una, y luego se acabó, nada más visible en la superficie, pero siempre uno junto al otro, codo con codo, y esas corrientes cruzadas, y esa anchura impresionante ante Mortagne que le devuelve toda su fuerza a la palabra «río», más débil aquí que en otras partes, al otro lado del Atlántico, dos de nuestros ríos que apenas sumarían uno más allá, y en las horas más frías, según las crónicas, la travesía a pie, y la debacle bajo el hielo, como allí.

Uno puede plantarse frente al mar. Se puede caminar por delante, limpiarse de todo, del estrés, de las radiaciones. No. Ya puedes caminar lo que quieras y respirar a pleno pulmón, que eso no se limpia. Te puedes quedar plantado frente al mar y decidir quedarte ahí, no hacer nada más. Frente a las aguas del estuario, la impresión no es la misma. Ante el color extraño, ante los cenagales y ante las garcetas blancas con sus andares prudentes por los caballones de los cenagales, nos encontramos en la gravedad, en aquello que atrapa y atasca. En Saint-Laurent, tocó fondo. Me dijo: lo dejo. Todo el mundo dice eso un día u otro. Solo así se puede continuar. Ser capaz de decirlo y de cumplirlo unos cuantos días, lo justo para sacudirse de encima la melancolía o el cansancio. Llevaba diez años en esto. Nos sentamos fuera. En un caso así, cada cual hace lo que puede, el que ha llegado al límite y el que escucha. Todos sabemos el resultado de la crisis, conocemos las estadísticas, el noventa y nueve por ciento de las veces la gente no lo deja, pero a veces, por cabreo o por un argumento que parece empujar a más, el discurso es tan convincente que nos sorprendemos a nosotros mismos creyéndolo de verdad, con la consecuente desilusión aún mayor cuando nos damos cuenta de que no, decididamente, este caso no será la excepción que confirme la regla.

Nos sentamos en unas sillas plegables uno al lado del otro, frente a la caravana alquilada. Él no decía nada. Había resumido los hechos en tres frases antes de concluir, lo dejo, luego silencio en las ondas y una expresión facial como inanimada. Nos quedamos ahí, él fumaba, yo intercambiaba alguna palabra con los que pasaban por allí de vez en cuando y nos decían buenas tardes, la luz declinaba

por encima del Loira, había acabado por acostumbrarme, por pensar en otra cosa y seguir mis pensamientos, no tenía prisa, había planeado pasar la noche allí, en el trayecto entre Civaux y Flamanville, apenas un desvío, más que oportuno, sin cambiar de postura, sin siquiera mirarme, me dijo: mañana me vuelvo a Lorient, nos veremos allí a finales de septiembre, después de Flamanville, encontraremos algo, un curro, contratan obreros para carreteras, un curro limpio. Yo le dije: no. Lo dije aplastando su enésimo cigarrillo, con calma. Se me escapó.

Por la noche, en la mesa de la caravana, como él necesitaba dinero, le compré su parte del 306. Quiso hacerlo por lo legal, con un documento firmado y una copia para mí. Acabamos la velada con las historias que habíamos vivido y los buenos momentos que habíamos pasados juntos, como si en tres años y tres meses desfilase media vida de trabajo ante nuestros ojos. Al día siguiente tenía que presentarme a las diez en la central para las formalidades de entrada, salida a las siete, despertarme a las seis y media, él había reservado un Clio en Avis, el tiempo justo para poner un poco de orden y cerrar las maletas, así que nos despedimos. Yo a toda prisa, nos vemos a finales de año en Lorient, y él en silencio. Todavía hoy no sé si se le pasaba por la cabeza algo en aquel instante, un guion, o si se le ocurrió más tarde, no me atrevo a imaginarme lo que vivía en aquel momento, en la brutalidad de lo que eso quería decir, el olor del café, mis palabras un poco huecas en las que se nota que tengo ya la mente en otra parte y el apretón de manos. Él, antes de que me vaya, en un arrebato, entonces no entendí por qué, se sienta en la litera, se pone la camiseta y el vaquero, dos tragos de café y una pasada con el peine, para estar presentable, lo dijo así, como bromeando, para que no me quedase con el recuerdo de su cabeza en las noches malas sobresaliendo del saco de dormir, está de pie, vivo, en la escalera de la caravana, se enciende un cigarrillo y, con la mano que sostiene el mechero, me hace un gesto cuando arranco; los del equipo de la mañana se van, los del equipo de la noche no tardarán, en el intervalo amanece sobre el Loira, Loïc oye todo esto, el despertar de las márgenes del Loira y el tráfico a lo lejos en el puente, ¿y por qué nada de lo que ve u oye lo trae de regreso de donde está? Después, el enfado de quienes se quedan. Gente enfadada por su desaparición, tipos que le guardan rencor y se reconocen en el vacío que ha dejado, no hay más. Condujo en

dirección a Ploërmel. Dejó la autovía en Plélan. No se apartó tras el adelantamiento de una camioneta a la salida del pueblo, no reaccionó cuando le hizo luces. Tenemos el testimonio de dos conductores. El de la camioneta y el del camión que venía de frente.

Al norte de Royan hay grandes playas, pasado Saint-Palais y el faro de Terre-Nègre. Kilómetros de playa. Y para fijar las dunas e impedir que la arena lo invadiese todo, el bosque de pinos y alcornoques de la Courbe, con el enclave de La Palmyre y el zoo en medio. Hay que ir hasta el mar, decía Loïc, limpiarse toda esta suciedad. Royan y Lorient, unidas por el destino común de haber sido arrasadas y luego reconstruidas. Y los vestigios del muro del Atlántico de un extremo a otro. Hay que cerrar las ventanas. No hay que moverse. No estoy seguro de que sirva para nada. No estoy seguro de que eso nos proteja de nada. Solo está el plomo. El plomo tiene esa propiedad, también el hormigón de las paredes, pero ha de tener cierto grosor. Aquí las paredes no paran nada. A no ser que te encierres en un blockhaus.1 ¿Cuántos centenares de blockhaus a lo largo de la costa atlántica? Se construyeron antes de la era atómica, podrían reconvertirse. Algunos lo han hecho, porque tenían una casamata al fondo del jardín y ninguna manera de quitarla sin llevarse por delante el acantilado. Las paredes no paran nada, sin embargo, los suecos tomaron medidas, los finlandeses también, dieron órdenes, no abrir las ventanas, cortar los sistemas de ventilación, reducir los desplazamientos. En los pueblos expuestos, las carreteras están desiertas, también los parques, los patios de los colegios, los areneros y los columpios, mientras el viento sopla sobre las playas, los niños en las guarderías como los pensionistas tras los cristales de las residencias para la tercera edad viven encerrados.

Uno puede no creerlo y aislarse a pesar de todo, por si acaso. Están bajo la nube. ¿Qué hacer cuando uno está bajo la nube y salta la alarma de los sistemas de control? Cuando todo es normal, no se ha señalado ninguna avería en las instalaciones del país (como creyeron los suecos al principio, por un incidente en una de sus centrales). Todo es normal, viene del este, del sur y del este, en el sentido normal de las agujas del reloj, los vientos del hemisferio norte giran así durante los anticiclones, todo lo que viene del noreste baja hacia el suroeste y, del mismo modo, sube desde la

Unión Soviética hacia los países escandinavos. La mañana del 27 de abril de 1986, el viento sopla sobre las playas del mar Báltico. Un viento del sur tras seis meses de invierno. Barre el espacio inmenso de arena y mar, y los veleros lo enfilan. Y la gente camina descalza con los pies rojos por la arena helada durante kilómetros, hay gente que busca ámbar en la orilla después de las tormentas para venderlo, pero allí lo hacen solo por gusto, y hay quienes no buscan nada, que disfrutan de la tranquilidad, la suavidad del aire y el azul del cielo, de todos los beneficios del anticiclón que ha tenido a bien dejar sus cuarteles de invierno y bajar desde Siberia hacia las grandes llanuras cerealísticas, en Ucrania y en todas partes, las ganas de exponer la piel a los rayos del sol primaveral es más fuerte, la piel desnuda y blanca, los cochecitos abiertos, bajo el sol del último domingo de abril, cada cual admira el cielo y espera que el jueves haga buen tiempo, para divertirse con los desfiles del Primero de Mayo.

1. La única isla habitada de los islotes de Rémire, en la Guayana Francesa. (N. del T.)

1. Término alemán que designa una pequeña construcción militar defensiva, una especie de minibúnker. (N. del T.)

Título de la edición original:

La Centrale

Edición en formato digital: junio de 2024

© imagen de cubierta, «Cooling Tower Moon» © Roman Solowiej (@shexbeer)

© de la traducción, Rubén Martín Giráldez, 2024

© P.O.L. éditeur, 2010

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A.U., 2024

Pau Claris 172, Principal 2ª

08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2687-6

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es